

YASSINE MECH-HIDAN

Lilith



Prólogo de
Josep Lluís Mateo Dieste

Letrame
Grupo Editorial

LILITH

Yassine Mech-hidan



Primera edición: 2022

© Derechos de edición reservados.

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

© Yassine Mech-hidan

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz

Diseño de portada: Rubén García

Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1114-942-6

DEPÓSITO LEGAL: AL 1745-2022

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

Agradecimiento

Agradezco de antemano el apoyo incondicional de Olga de Diego Martín, dado que siempre ha estado a mi lado, confiando ciegamente en mí. Hace tiempo, se fijó en mi forma de escribir y, desde entonces, fue y sigue siendo mi combustible necesario para avanzar en dirección a mi objetivo: ser un escritor diferente y exitoso.

De corazón doy las gracias a Ibrahim Azougagh, un joven pintor artístico oriundo de la ciudad de Tetuán que, a pesar de estar ocupado con otras tareas artísticas, sacó tiempo para diseñarme la cubierta del libro utilizando como herramientas la destreza y la delicadeza de sus dedos y el pincel, plasmándolo en un cuadro lo bastante grande como para estar expuesto en una galería de arte.

Es un honor mentar a Josep Lluís Mateo Dieste, —escritor, antropólogo, investigador y profesor en la Universidad Autónoma de Barcelona— que me confeccionó, después de haberse leído toda la obra, un increíble prólogo tan profesional como su extensa formación. Un gran antropólogo español que creyó en mí después de habernos conocido, de manera que logró expresar muy hábilmente mis aptitudes, sabiendo incluso reflejar cómo yo pensaba.

Sin olvidar al intelectual Hilal Laazouzi, productor cinematográfico que se alegraba enormemente cada vez que sabía que yo iba a crear algo literario, ofreciéndome todo su pleno apoyo.

Prólogo

Este libro que tenéis entre vuestras manos es una fuerte sacudida mental y emocional que no os dejará indiferentes. Como toda obra, esconde múltiples interpretaciones, sentidos e intenciones y, en mi caso, intentaré expresar las que a mí me han sugerido y las que seguramente han arrastrado a su autor a trazar este relato repleto de alertas y gritos.

Ante todo, debo gritar también. Se trata de un canto a la libertad en la más pura tradición de las narraciones literarias que a lo largo de la historia nos guían como una luz en la oscuridad. De hecho, la historia de la humanidad es un camino de negras noches. Y el libro de Yassine nos encandila por este camino, hasta hacernos regresar a los debates de épocas pasadas en Europa sobre la llamada naturaleza humana: ¿Será el humano un lobo para el humano? (Hobbes). ¿Será bueno por naturaleza y la sociedad nos corrompe? (Rousseau).

Debo reconocer que para mí no ha sido tampoco fácil posicionarme frente a este relato, en mi condición de estudioso del mundo árabe-musulmán y viajero por algunos de sus rincones, por vocación y devoción. Porque ante todo, esta obra es un retrato de esto que los especialistas llamamos o llaman «mundo árabe» o «musulmán». Aunque en ningún momento se pronuncian estas palabras mágicas, y no se hace

referencia alguna ni a lo árabe ni a lo musulmán. Es un recurso estilístico paradójico que me recuerda a la propia prohibición de la representación de lo divino tanto en el islam como en el judaísmo. Ni siquiera esa verdad puede quedar desnudada, como en el film *The believer* (Henry Bean, 2001), cuando un neonazi de origen judío se ve inmerso en el ataque a una sinagoga y en medio de una vorágine destructiva se ve frenado por su propia creencia en la inviolabilidad de las escrituras, y se las lleva a su casa para retirarle las impurezas que el resto de sus compañeros han vomitado sobre aquellas.

Pero ese «no nombramiento» revela, en cambio, una llamada directa de socorro a un mundo impronunciable que podría ser otro mundo en cualquier otra región del planeta, donde un estado reprime y una ideología la justifica, ya sea desde la religión, la ciencia o el laicismo. Seguramente no coincido en todos los diagnósticos que el narrador (que quizás no es nuestro autor, quién sabe) nos lanza desde la penumbra, al presentar un universo maniqueo entre el bien y el mal, entre los demócratas y los dictadores. Entre medio caben muchos grises, aunque entiendo perfectamente que mi posición y la del narrador no es la misma, ya que no es lo mismo vivir dentro de ese universo que vivir fuera de él. Desarrollados y subdesarrollados, civilizados y primitivos, democracia y dictadura son dicotomías recurrentes que yo no firmaría, no porque no existan, sino porque en realidad están más interconectadas de lo que pensamos: son la cara y la cruz de la misma moneda. Es decir, unos mundos existen porque existen los otros: el mundo de desigualdades es complementario. Realmente, las tiranías ya no tienen fronteras, ni los sistemas de explotación, ni las ideologías ni las formas de control. Ese parece el nuevo sino del siglo XXI, un siglo que ha empezado muy mal su senda.

Pero, insisto, mi posición (en el espacio social) no es la misma, y el lector mal llamado occidental deberá comprender eso también. Los personajes de este largo cuento sufren su mundo desde dentro. El llamado occidental que visita otros rincones del mundo difícilmente puede captar ese sufrimiento que nos revela esta obra (a menos que también sufra la losa de las contradicciones de su propio mundo y sus miserias, que son muchas también). El elenco de desasosiego es abrumador: corrupción, opresión, manipulación, hipocresía. Yassine repasa a través de los personajes una atmósfera similar a otros clásicos de la literatura donde se queman libros (*Fahrenheit 451* de Ray Bradbury), donde la cara del gran hermano no te deja un minuto (*1984* de George Orwell); pero desde la mirada de un fronterizo, Yassine nos regala referencias a un mundo que ¿solo puede encontrar su solución desde dentro? Ese es otro debate que el lector deberá razonar por su cuenta. En realidad, la liberación de la humanidad solo es posible al completo. No vale solo la de unos, porque andamos todos por las distintas cubiertas del mismo barco. Obviamente, el aire se hace irrespirable para quienes más anhelan respirar. Seguramente, muchos de los personajes retratados disfrutaban del aire viciado, porque descubrir la hipocresía no es tan fácil como parece, es algo incómodo. Es decir, los personajes que ansían la libertad en este camino que el lector va a emprender son ya seres especiales porque, como escribía Eric Fromm, desafiaron el *miedo a la libertad*, que es el miedo que nos atenaza.

Pero insisto, la inquietante aventura que nos propone Yassine nos apela a descubrir todas las jaulas que nos rodean. Entre ellas, una de grandes dimensiones, la relativa a lo que desde hace unos decenios coincidimos en llamar la cuestión del género que ocupa un valiente lugar destacado en esta desventura. La opresión no está separada de todas las

opresiones, entre ellas aquella que presenta a las mujeres como inferiores e incapaces, un mito presente en tantos lugares del mundo, desde los clásicos del pensamiento hasta la base de los grandes monoteísmos y allende. Una de las heroínas de esta obra se revela también contra estos tópicos, rompiendo las fronteras entre lo que se supone masculino y lo que se supone femenino en las falsas dicotomías sacralizadas. Y también nos traslada a la tradición de las *Mil y una noches*, donde las habilidades de Scheherezade, con su poder de la palabra y su astucia, encandilarán mil y una veces a la estupidez de los tópicos machistas.

No voy a revelar secretos del libro, pero si contaré que su estructura se lee bien clara. Son dos caminos paralelos; una novela de aventuras y, en la vía contigua, un ensayo de crítica social, podríamos decir, casi una compilación de artículos de actualidad que no dejan títere con cabeza sobre la corrupción, el autoritarismo, la inoperancia del sistema sanitario público, las hipocresías de la religión oficial, la falta de libertad de conciencia, la represión sexual, la injusticia y la desigualdad de clases, el poder de los fanatismos, la crueldad de la policía o las raíces de la emigración.

Y guiños a la actualidad más reciente como la pandemia de coronavirus. Por cierto, no puedo evitar mencionar que el lector hallará alguna sincronía entre esta obra y temas sobre los que he escrito también durante el inicio de la pandemia.¹ Sincronía, casualidad, ¿o es que acaso compartimos miradas sobre algunos fenómenos?, como el rezo colectivo que los salafistas impulsaron en marzo de 2020 para atraer clientela en un momento de incertidumbre y nuevos miedos, y que el lector

¹ «El coronavirus en el campo religioso marroquí: las invocaciones a Allah en la noche de 21 de marzo en el norte de Marruecos». *Perifèria. Revista d'investigació i formació en Antropologia*, 25 (2), 2020, pp. 34-49.

encontrará retratado entre algunas líneas del libro. Porque este relato de ficción nos muestra la ficción de la realidad misma.

Aunque Yassine se muestra algo tacaño con la esperanza, sí que nos arroja algún salvavidas. La educación es, sin duda, esa sutil esperanza para sacar a la humanidad de esta nueva larga noche. No tengo claro si también la razón nos iluminará en esta penumbra. Ya Zygmunt Bauman nos advirtió en *Modernidad y Holocausto* de que fue precisamente la «razón instrumental» moderna la que inspiró a los nazis a crear formas más eficaces e industriales de destrucción, de modo que la razón solo puede ser liberadora; y puede ser mística, por qué no, en forma de música, arte o revelación, mientras no derive en jaula del pensamiento. En cualquier caso, pese a la huida, este paisaje desolador no deja de ser una *hiyra*² interior, un exilio a la tierra de la imaginación, lo poco que nos queda a los humanos en un mundo donde las máquinas ya han colonizado nuestras vidas; según dónde vivas, te seducirán con una falsa sonrisa. Que la lectura de este libro os lleve a pensar sin prisa, a imaginar, contra los nuevos y los viejos ladrones del tiempo.

Josep Lluís Mateo Dieste
Manresa, 8 de mayo de 2022

² Háyira o Hiyra: emigración o huida de Mahoma de La Meca a Medina, que tuvo lugar en el año 622 D.C., porque los caciques coraichitas de la primera ciudad no aceptaban sus enseñanzas sobre la nueva religión; el islam. Dicho acontecimiento se toma como punto de partida de la cronología musulmana (calendario islámico).

Adentrándose en un universo diverso e inmenso que incluso va extendiéndose cada vez más en su totalidad; formado por galaxias, estrellas, soles, planetas, satélites, asteroides y cometas, entre un montón de objetos identificados y no identificados, nos encontramos ante un sistema simple que cuenta instantes llamado tiempo. Este último fue inventado por una especie muy común: el ser humano. El cual lo dividió en días, semanas, meses, años, siglos, etc., basándose en ciertos criterios astronómicos.

Dicha especie vivía mayormente en un planeta llamado Tierra, separados los unos de los otros estratégicamente en distintos continentes modelados caprichosamente por los fenómenos meteorológicos. Cada uno estaba delimitado por fronteras para con los otros e, incluso, dentro de sí mismo. Fronteras que siempre habían estado protegidas y que provocaban infinitas guerras y enfrentamientos entre los seres humanos con distintas creencias e ideologías, intentando imponer por la fuerza su «verdad» sin pensar en las catástrofes que pudieran ocasionar. Por ende, surgían aquellas batallas donde un líder, aclamado por algunos, estaba dispuesto a imponer, dentro de su continente y para el resto del planeta, un credo capaz de drogar a sus seguidores, haciéndoles ver que todo lo que giraba fuera de ese entorno no era bueno ni, mucho menos, leal.

Había un montón de civilizaciones, de manera que su lengua se distinguía notoriamente, asimismo su doctrina, su color de piel, su dogma, su cultura... En su conjunto todos los responsables o, mejor dicho, gobernantes que las dirigían, se pusieron de acuerdo sobre unas condiciones y leyes, creadas por los que pertenecían a las más avanzadas, siendo iguales para todas las personas del mundo entero, intentando que se desarrollaran económica, social y políticamente dándoles una imagen respetuosa donde fueran, sintiendo una proximidad a pesar de la lejanía. También esas condiciones protegían los derechos de cada individuo, independientemente de las diferencias establecidas.

Sin embargo, la libertad, la creatividad y el arte, entre otros, les hacían sentirse un solo cuerpo viviendo en diferentes espacios y en distintos tiempos. Sin lugar a dudas, esa diversidad producía una belleza increíble que rompía con unas reglas que sus antepasados establecieron antiguamente, haciendo que se restringiera el contacto con el semejante. A causa de las cuales se aislaban muchas sociedades por sentirse superiores las unas de las otras; por consiguiente, un eterno odio que nada más ofrecía indeseables consecuencias.

Cada año, los altos mandatarios pedían a los representantes de cada nación que entregaran el resultado anual vinculado a todos los sectores públicos en los que, supuestamente, quedara registrada una evolución humana. Y, de esa manera, controlar excesivamente el desarrollo de ciertos países que estaban todavía viviendo en condiciones precarias.

Evidentemente, el único objetivo era que trabajaran conjuntamente para que hubiese un mundo solidario.

Eso sí, las diferencias entre las ideologías perduraban, puesto que cuando un ser dejaba de existir, la energía que le hacía vivir abandonaba su cuerpo para ocupar el de un recién nacido,

pequeño, inocente y dispuesto a acatar involuntariamente las condiciones de vida de cualquier comunidad. Las podía aplicar para satisfacer a su entorno aun siendo reacio a las mismas, o bien con toda naturalidad las aceptaría y aplicaría estando de acuerdo con ellas, al igual que pasaba en ciertos países subdesarrollados, porque si no, lo torturarían o incluso lo matarían.

En cada nueva existencia ocurría algo similar a la reencarnación. Sucedió en un lugar totalmente diferente, lo que suponía el aprendizaje de un montón de cosas, de manera que uno sintiera muchas veces, en su fuero interno, que le faltaba la libertad como si hubiese conocido tal concepto anteriormente; empero, no hacía ningún esfuerzo para recordar lo que le sería imposible ni se atrevía a hacerlo de ninguna manera, desmintiendo así su premonición.

Muchas energías abandonaron los cuerpos que habitaban en busca de otros en diferentes territorios, entre ellas estaba la de Malaj; nombre que dieron a un bebé recién nacido, desgraciadamente, en un país cuyo gobernante, el rey Abu Musaab, asesinaba en nombre de la religión. Ya le tocaba como a otros vivir, por no decir sobrevivir, a unas circunstancias que eran absolutamente desconocidas. Debía pasar esa etapa de su vida dentro de ese cuerpo, no podía salir de él a menos que se suicidara o pereciera; muy mala suerte le había tocado.

Tres décadas y un lustro pasaron después del nacimiento de Malaj en un continente subdesarrollado y dictatorial donde abundaban los golpes de Estado, conflictos étnicos, miseria humana y sectas de grupos terroristas intimidantes...

Era un atardecer de esos en el que el sol se estaba debilitando poco a poco y el viento soplaba con timidez, consiguiendo dejar un ambiente bastante cálido. Malaj, tras hojear un libro,

abrió la pitillera que estaba sobre la mesa, sacó un cigarrillo y salió a la terraza a encenderlo desviando la mirada hacia la acera. Observó cómo una chica de apariencia extranjera ajustaba su pelo rizado con las manos, moviéndolo de arriba a abajo repetidas veces como si lo estuviera ventilando mientras entraba en un edificio y desaparecía. Nunca la había visto en su barrio, y eso que cada tarde repetía la misma operación a la vez que curioseaba las novedades desde el móvil después de almorzar, antes de ir a un centro de formación a dar clases de lengua *gauri* (denominada con este nombre la lengua extranjera por lo general).

Amaba su trabajo y estaba muy tranquilo con su conciencia. Eso sí, no tenía casi apenas amigos debido a que pensaba muy diferente a los demás y opinaba solo sobre lo que le convenía. Nunca aceptó estar pendiente de las instrucciones que le inculcaron de pequeño en la escuela. Estaba convencido de que si los amigos no escuchaban a un miembro del grupo ya no servirían ni para satisfacerlo, ni para ver si su opinión tenía o no cierta lógica.

La ausencia de los dos conceptos básicos en aquel entorno, amor y libertad, hacía que el pueblo fuera hipócrita, incapaz de reflexionar y estuviera enfermo psicológica y mentalmente, de modo que era vergonzoso proferirlos en presencia de compañeros y mucho menos en familia. El primer concepto estaba asociado a la imagen de un chico y una chica practicando sexo; el segundo representado en una chica que andaba por la calle en minifalda. Ambos tenían, para ellos, el mismo sentido.

Era muy frecuente ver en las calles gente peleándose, incluso sangre derramada, mas era vergonzoso besarse en público. Uno podía acabar en la cárcel por hacerlo al ser considerado un delito.

Malaj muy pronto cambió la compañía negativa que tenía por la de la lectura de libros de diferentes ideologías, como si estuviera conversando con individuos de distintas partes del mundo. Entonces supo valorar el tiempo que se le iba de las manos, alegrándose a la vez de que cierta gente se alejara de su vida por no pensar igual. Siempre que cogía un libro para leerlo lo acariciaba y olía sus hojas, abriéndosele el apetito al comenzar la lectura. Esta tarea le enseñó muchísimas cosas, de entre las cuales cómo tratar a sus educandos mejorando la didáctica en clase, cosa que hizo que la interacción fuera fundamental. Conseguía que todos los alumnos participaran dando sus opiniones, fueran o no convenientes, logrando con ello que apreciaran esa materia y a su profesor, creando un dinamismo notable en el aula. Les quitaba de la mente la idea de poder hacer el ridículo y de provocar la sonrisa burlona de sus compañeros, cosa que él sufrió y experimentó durante su infancia y adolescencia por parte de la gran mayoría de los que eran considerados profesores. Estos adoptaban una manera muy retrógrada al respecto, convirtiendo al alumno en el hazmerreír de sus colegas; así pues, temía levantar otra vez la mano para que no se repitiera el escándalo, aun teniendo una buena respuesta.

A pesar de ser feliz consigo mismo ejerciendo su labor, tenía infinitas preocupaciones, sobre todo cuando se acordaba de las generaciones venideras. En el continente donde le tocó vivir brillaban por su ausencia los derechos humanos, además de que estaba prohibida terminantemente la libertad de expresión. La sanidad era tan precaria y primitiva que parecía de la era de los trogloditas, asimismo en la televisión pública echaban bazofia, dando importancia y prioridad a unos payasos cuyos programas decadentes parecían dirigidos, principal y fundamentalmente, para un público estúpido y

psicópata, dispersando en consecuencia la opinión pública, haciéndole pensar solo en satisfacer sus necesidades biológicas e ignorar sus derechos más básicos. El sistema educativo se caracterizaba por ser inútil y cambiante haciendo de ello un próspero comercio, sin olvidar que la enseñanza pública era deficitaria y no estaba apoyada por el Estado.

La extrema pobreza hacía que el mayor porcentaje de los jóvenes buscara otras alternativas para poder sobrevivir simplemente porque el poder adquisitivo de sus familias, o bien era insuficiente para la continuidad del seguimiento de sus estudios, o bien era nulo.

Desde hacía siglos el abuso de poder y el miedo inexplicable eran los pilares que predominaban, dejando atrás todos los elementos básicos y necesarios para la subsistencia, de manera que el policía era capaz de alargar la mano o la lengua con la intención de humillar al ciudadano, por no decir súbdito, solo por llevar puesto el uniforme policial cuando su única función es la de prestar un servicio público. De esa actitud se puede sacar un análisis psicológico entre la mentalidad del agresor y del agredido y el odio mutuo que se tienen. Y para poder controlar mejor a la masa popular no se permitía la adopción de una ideología individual, dado que era una sociedad religiosa; por lo tanto, predominaba el autoritarismo. Solo se percibía el conformismo y el silencio terrorífico en las calles. Además de ese control, ya se contaba de antemano con un grupo de profesionales, en el anonimato, que pavimentaban caminos que no llevaban a ninguna parte, solo al cumplimiento de órdenes. Estas y otras cosas más hacían que esa mentalidad se considerase, desgraciadamente, estática.

La paz y la tranquilidad en casa de Malaj fue alterada cuando se despertó al recibir una llamada telefónica mientras se echaba la siesta un domingo.

—Hola, buenas tardes —dijo en gauri la voz de una chica extranjera.

Afortunadamente Malaj sabía hablarlo perfectamente. Es más, solo leía libros en ese idioma puesto que los publicados en su lengua, denominada *hadra*, solo trataban de gastronomía, anécdotas, ensalzamiento a los caudillos y también enseñaban cómo insultar y odiar a los que no pensaban como ellos.

—¡Buenas tardes!

—¿Es usted Sharif el electricista?

—No, no lo soy —respondió Malaj enarcando las cejas.

—¡Ah! Siento haberle molestado.

—No pa... —profirió cuando oyó que ya había colgado.

A Malaj, sin decir oste ni moste, se le crispó la cara, extrañado con esa llamada y su cometido, más que nada porque estaba inmerso en un sueño delicioso que no se repetía a menudo, deseando precisamente que no hubiese pasado aquel instante vivido en la subconsciencia, sabiendo que en la realidad todo estaba prohibido, incluso la felicidad. Esa sensación de entelequia fue preciosa; se encontraba al lado de una mujer, sentados ambos en la orilla de un río y, justo cuando iban a besarse, esa escena calmante e hidratante se vio interrumpida por la llamada de una desconocida buscando a un electricista.

«Si hubiera estado sufriendo alguna calamidad en mi sueño, no habría encontrado quién me despertara», dijo ensimismado.

Ya era tarde, no era capaz de retomar el hilo de los acontecimientos y continuar desde donde lo había dejado.

Se dirigió hacia la cocina y sacó de la nevera una cerveza bien fría, la vertió en un vaso y tiró la lata en el cubo de la basura. A continuación, salió al balcón y encendió un pitillo dando una calada intensa seguida de un largo trago del líquido espumoso que le hizo sentir un cosquilleo en el cerebro. Al dar una segunda calada giró su cabeza hacia el edificio de

enfrente. Le llamó la atención la gran ventana abierta de un piso que estaba deshabitado hacía una década. Se sentó sobre una silla observando el silencio ambiguo que procedía de ella. Momentos después apareció una sombra moviéndose detrás de la cortina; era la de un cuerpo femenino. Sus movimientos fueron ágiles como los de una bailarina de ballet, parándose ora con el pie en puntas, ora sobre el hueso del talón, ora saltando de un sitio para otro. Se estremeció cuando la desconocida cerró bruscamente la ventana; estaba muy centrado con el fin de descubrir el rostro de aquel espectro.

«Parece que tengo nuevos vecinos», murmuró empujando el brazo para beber del vaso que tenía en la mano.

El levante trajo viento frío haciendo que la puerta de su balcón chocase contra el marco muy fuertemente, por lo que la cerró y se dispuso a corregir unos exámenes que tenía pendientes de sus alumnos para el día siguiente.

El lunes por la tarde, camino de su casa y volviendo del centro de formación, pasó por la tienda de ultramarinos de su barrio para comprar leche y unas especias que se le habían acabado. Con el tendero se encontraba una chica vestida con un atuendo lugareño moderno con el pelo muy tupido, castaño y rizado extendido por la espalda cual sirena. Al ir a coger del bolsillo el monedero se le cayó a Malaj un cuaderno que portaba junto con una carpeta. Cuando se inclinó para cogerlo ella salió fugazmente sin darle tiempo ni siquiera de que la pudiera reconocer. El sino había querido que en cuestión de horas viera circunstancialmente dos cuerpos femeninos sin poder llegar a descubrir su rostro.

Una vez en casa y después de leer unas páginas de un libro, como hacía la mayoría de las veces, se puso música acompañando el momento con una taza de café humeante y un porro para alejarse de la realidad, acercándose a una dimensión

relajante, repleta de bellas imágenes que ayudaban a combatir la depresión. Había llegado a ese momento de plena felicidad cuando fue interrumpido por una llamada, imaginando que seguro era alguien que se habría equivocado.

—¡Hola! —saludó una voz muy parecida a la del otro día.

—Sí, hola.

—Solo llamo para pedirle perdón por haberle confundido con un electricista, es que en vez de marcar el número siete pulsé el cinco sin querer.

—No te preocupes, suele pasar —dijo aguzando el oído esperando otra excusa por parte de la desconocida.

Justo al proferir esa frase la llamada se cortó. Él, teniendo aún el móvil en la mano, dio una calada al porro con la otra, haciendo caso omiso a lo que acababa de pasar. Puso el móvil sobre la mesa y cogió la taza de café yendo al son de la música hacia el balcón. Desde ahí vio que enfrente, en el piso deshabitado, estaba una chica poniéndose una bata roja con el pelo rizado igual a la que había visto en la tienda, manteniendo la mirada fija hacia él. Quizás estuviese observando otra cosa que no llegaba a ver, pero se quedó largo rato mirando sin mover ni un dedo; lo único que se le movía era su pelo por el viento que le cubría los ojos. El porro ya estaba apagado cuando lo puso entre sus labios, razón por la que entró al interior a por el mechero. De vuelta al balcón ya no la encontró, la chica había desaparecido, incluso la puerta de su balcón estaba cerrada. Parecía como si hubiera estado fijándose en un espectro.

A decir verdad, las casualidades no existen y la vecina del piso deshabitado ya se había percatado de los controles furtivos de Malaj. Igual era todo parte de su imaginación, pero para asegurarse de su buena intención ya se había acercado al edificio donde vivía con el fin de conseguir del buzón el nombre y el apellido y averiguar más sobre el admirador misterioso. Al

disponerse a entrar al portal encontró en la pared un pequeño cartel pegado en el que un profesor se ofrecía para dar clases de refuerzo en el verano. Comprobando la dirección y el número del piso se dio cuenta de que era la persona que ella buscaba. Sin dudarle un momento, sacó su móvil e hizo una foto dando por satisfactoria esa pequeña investigación. Aun así, y no contenta con ello, le hizo dos llamadas para disipar todas sus dudas y asegurarse de que en realidad era quien decía ser.

El sábado por la tarde y después de una dura semana de trabajo, Malaj decidió dar un paseo por la playa, desahogándose de la presión de los últimos exámenes del año escolar, asimismo del entorno inaguantable. En un café se puso a hojear una revista que estaba junto a unas cartas del menú. La portada estaba rasgada y su contenido estaba lleno de fotos de modelos, tanto de mujeres como de hombres. Cuando terminó de hojearla levantó la cabeza con el fin de dejarla donde estaba y reparó que enfrente había una chica sentada en su misma mesa; era la misteriosa mujer del balcón.

Se sobresaltó automáticamente y enseguida se puso a toser, tapándose la boca con el dorso de su mano.

—Esa revista es mía —dijo ella.

—Ah, no lo sabía.

—La he dejado aquí antes de ir al baño.

—Bueno, si la molesto voy a otra mesa y la dejo tranquila —comentó intentando levantarse.

—No, en absoluto —confirmó—. Ayer lo vi a usted en el balcón del edificio que está cerca del mío —añadió.

—Tiene razón. ¿Es nueva en el barrio?

—No solo en el barrio, soy nueva en este lugar —informó detalladamente—. Soy una turista.

—¡Ya decía yo!

—Mi nombre es Lilith —se presentó.

—Malaj, mi nombre es Malaj.

Trabaron una conversación limitada dándose a conocer mutuamente. A Lilith no se le notaba la timidez en su rostro; ese carácter del ser humano al codearse por primera vez con alguien. Era como si tuviera experiencia al respecto o bien la naturaleza le había obsequiado con el don de la espontaneidad y la elocuencia. Ninguno de sus movimientos indicaba inseguridad, parecía que el extranjero era él y no ella, incluso se asemejaba a esas maestras frías que daban clases a los chicos de primaria; además era muy atractiva de apariencia. A menudo ella miraba su bolso que tenía sobre la mesa, del cual sacaba un cuaderno pequeño de color rosa, lo acariciaba y lo volvía a meter. Él no sabía si sus movimientos eran raros o era que de tanto observarla imaginaba cosas más allá de lo psicológico.

Le informó de que era fotógrafa y frecuentaba ese entorno para hacer fotos gracias a la diferente y diversa naturaleza autóctona que lo embellece. Por lo tanto, los mejores sitios para ella eran las altas montañas y el mar. Trabajaba para una empresa donde el objetivo era llevar fotos exclusivas e inéditas con las que, tras una selección exhaustiva, se remuneraría generosamente a las mejores.

A él le pareció buena la profesión. Por una parte se iba de excursión y por otra ejercía su trabajo, dos en uno.

Tras una entretenida conversación, donde el tema del mundo de la fotografía acaparó totalmente el diálogo, ella le pidió el número de teléfono por si lo necesitaba algún día por su trabajo para que le echara una mano, o solamente quedar y charlar un rato. Más tarde se despidió con la excusa de que un amigo suyo la estaba esperando para analizar profesionalmente unas fotos captadas con cámaras antiguas.

Como es bien sabido, es muy normal que uno hurgue en la vida de una persona que le llama la atención a fin de saber sobre sus ideas, sus perspectivas, sus gustos y, cómo no, su carácter. Había conseguido que a Malaj le entrara la curiosidad de saber más cosas sobre el mundo de la imagen y sus entusiastas.

Nada más llegar a casa encendió su antiguo ordenador, sumergiéndose en un océano de informaciones al respecto. Lo primero que le vino a la memoria fue su infancia, puesto que por entonces aún no las había tan avanzadas. Encontró fotos en blanco y negro de cámaras hechas de madera, como es el color del tiempo lejano en nuestra mente, captadas de ciertos documentales o películas antiguas.

«Si el Sobrenatural hizo milagros divinos en el pasado sin haber sido inmortalizados por él mismo, en el presente el ser humano reflejaba materialmente los milagros y las catástrofes en fotos, o bien con sonido y movimiento gracias a sus continuas investigaciones, con las cuales pudo y puede perpetuar hechos y acontecimientos acaecidos en la conexión espacio-tiempo de manera inseparable», dijo para sus adentros.

La búsqueda lo llevó hasta una página en la que se mostraba cómo se fabricaban las cámaras de espionaje. Era mucha información en tan poco tiempo; no podía entender su función a pesar de la explicación audiovisual. Estaba cansado de tanto visualizar párrafos de diferentes marcas y sus usos.

Apagó el ordenador y fue a la cocina a prepararse café. Al poner la cafetera sobre el fuego se dirigió al balcón por si encontraba a su nueva amiga Lilith en la casa de enfrente. La puerta de su balcón estaba abierta, pero no pudo salirse con la suya; la cortina impedía la vista clara de lo que había en el interior de su habitación. Dificultosamente pudo verla sentada, apoyada sobre un escritorio dándole la espalda. Durante más de diez minutos no hizo ni el menor movimiento, posiblemente estaba contemplando las fotos que había hecho junto con su amigo.

Indubitablemente, es afortunado aquel que ejerce lo que le gusta. Por una parte, disfruta de su trabajo que lo considera un arte incomparable, y por otra parte, cobra por ello; por consiguiente, goza de cada instante vivido en compañía de su obra, como si llegara a un orgasmo espiritual. Esta inexplicable sensación engendra creaciones que embellecen una existencia monopolizada por perspectivas unilaterales. A decir verdad, merece ser loable el esfuerzo que se dedica al otro tanto a nivel artístico, con todo el significado que abarca el término, como a nivel científico.

El silbido emitido por el pitorro de la cafetera le hizo darse cuenta de que la había dejado sobre el fuego, por lo que fue corriendo automáticamente a la cocina. Echó café en una taza, le añadió tres terrones de azúcar y lo removió todo mientras encendía un porro que le supo como el pan recién hecho de tantas ganas que tenía de fumarlo. Tras degustar el café volvió al balcón a matar su curiosidad. Todo estaba herméticamente cerrado en el piso de la extranjera, como si ella lo estuviera vigilando y no lo contrario.

Desistiendo en el empeño y la expectación que su vecina le había aportado, alterando por lo tanto su monotonía diaria, optó por cocinar algo rápido para cenar e ir a acostarse, no sin antes poner un poco la radio y enterarse de cómo está el planeta, no quedándose ajeno a las desgracias mundiales, dado que las suyas las tenía bien presentes.

Como estaba de vacaciones, Malaj dormía hasta bien entrada la mañana, no le importaba el movimiento de las manecillas del reloj. Ya que el tiempo en su país nada valía, generaba un aburrimiento similar a un encarcelamiento psicológico que solo podría llevar a la locura. Le despertó el teléfono a las once de la mañana, era un número desconocido.

—Buenos días—saludó una chica con una voz muy parecida a la de las veces anteriores, o quizás le sonaba igual por esa voz artificial que sale distorsionada por la línea telefónica.

—Buenos días.

—¿Eres Malaj? —preguntó la desconocida.

—Hum..., sí. ¿Quién eres?

—Soy Lilith, la chica de ayer.

Malaj se enderezó al saber que era ella, prestando atención a lo que iba a escuchar; de manera que despejó la mente como si le hubieran asperjado agua en su cara.

—Hola, Lilith, ¿qué tal estás? —dijo cariñosamente cambiando el tono de voz adormilado que tenía mostrándose más solícito.

—¿Aún estás dormido? Lo siento, no quería molestarte.

Justo cuando ella profirió esa frase, él dirigió su mirada hacia la mesilla de noche donde tenía un despertador con un dibujo en su interior de un gallo picoteando unos granitos de trigo. No estaba preparado para la respuesta, mas se dejó llevar por su espontaneidad.

—Hum, no, es que... bueno, sí. Estoy de vacaciones y no tengo compromisos, por eso me quedo en la cama más tiempo.

—¿Te apetece que tomemos algo esta tarde?

Él estiró su brazo y lo torció en modo de victoria, como si hubiera conseguido una meta que tenía pendiente, y dijo:

—¡Claro, por supuesto! ¿A qué hora?

—Luego te llamo —respondió Lilith sin precisión alguna.

—De acuerdo.

—Hasta entonces.

—Hasta luego.

Se quedó con el teléfono pegado a su oreja pese a que ella ya había colgado. Lo atrajo tanto su voz que deseó que no hubiera acabado la conversación. Sintió que el tiempo iba avanzando hacia la tarde sin piedad. Su corazón latía muy velozmente porque le rondaban por la mente muchas cosas a la vez en un tiempo muy conciso, concretamente en la nada. Salió

rápidamente de esa mezcla de sensaciones y sentimientos raros, volviendo en sí y parando el tiempo emocional que le desordenaba el pensar.

«¿Qué es lo que me está pasando? Solo fue una jodida llamada telefónica, no un premio con el que se puede uno lucrar», dijo pensando en voz alta.

Se dio una ducha con agua tibia y salió envuelto en una toalla atada a la cintura, secándose con otra las gotitas de agua que le quedaban en el cuerpo antes de vestirse cómodamente. Puso algo de música mientras se preparaba un rico desayuno que devoró en un santiamén como si no hubiera probado bocado hacía semanas. Terminado el manjar y con un porro en una mano y un libro en la otra, fue alimentando su cerebro con frases de otras personas que ya desaparecieron de la existencia, dejando latente un pensamiento que se compartía pasando de unas mentes a otras.

A las cinco de la tarde recibió la esperada llamada de Lilith en la que le indicaba la hora exacta y el lugar para reunirse cumpliendo con lo que había prometido, quedando en un bar del paseo marítimo para tomar unas cervezas.

Sin perder tiempo abrió el armario de su habitación buscando algo adecuado para la ocasión. No había mucho donde elegir, por ello optó por seleccionar sus mejores prendas. Se puso una camiseta color gris, un pantalón vaquero y se calzó unas deportivas, ya que al ser una ciudad litoral refrescaba al atardecer y, finalmente, salió a encontrarse con su nueva amiga.

Al llegar al lugar de la cita respiró profundamente, puesto que la brisa marina perfumaba todo el entorno. Ella ya se encontraba en el interior sentada en un rincón con la mirada perdida en la lejanía, por lo cual se acercó cautelosamente indicándole al camarero que le trajera lo mismo que había

servido en esa mesa. Lilith se dio cuenta de su presencia y le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento. Se saludaron cortésmente e iniciaron una obligada conversación por la situación del momento. Cuando tomaron la segunda cerveza, Malaj notó que Lilith no lo estaba pasando bien. A veces esbozaba una sonrisa forzada, lo único que ella hacía era formular unas preguntas muy estúpidas acerca de las tradiciones y la cultura, como el porqué de haber solo hombres en el bar, el motivo de que todos la miraban sin quitarle los ojos de encima, la causa de haber una diferencia abismal de clases, etc. Él, sinceramente y para complacerla, le contestaba sin pelos en la lengua, no era de esos tipos que mentían para adornar la fealdad.

Pasado un rato considerable entre los mirones, ella le pidió que salieran a andar un poco. Aún tenía ganas de tomar unas cervecitas más, razón por la que se dirigieron a una tienda de comestibles a comprar unas cuantas. Se alejaron de la ciudad yendo a un jardín cerca de un restaurante que había a las afueras para poder tomarlas tranquilamente. Nada más llegar se sentaron en uno de los bancos de piedra que bordeaba una pequeña porción de tierra cultivada con flores de varios colores. Malaj sacó una lata, tiró de la anilla y se la ofreció a Lilith, repitiendo la misma maniobra con otra para él.

En el horizonte iba dibujándose el arte en una pizarra natural; unas leves líneas paralelas de nubes teñidas del rojo del anochecer fueron el entorno de unas gaviotas que revoloteaban a su alrededor. Vivió intensamente ese momento cual niño que por primera vez en su vida disfrutaba del apareamiento de la luz del sol con la atmósfera de la Tierra, y llegando al éxtasis se producía tal maravilloso fenómeno. Dicho instante extraordinario fue interrumpido cuando Lilith le comentó que tenía que ir al aseo, por lo cual se incorporó dirigiéndose a la entrada del restaurante.

Aún esperándola, vio a lo lejos que había dos hombres acercándose a él. Uno de ellos llevaba en su mano un reloj por el que hablaba todo el rato supuestamente con alguien. Enseguida se dio cuenta de que eran policías. Empezó a temblar a causa de saber las consecuencias; iba a acabar en el calabozo por tomar alcohol públicamente, aun sabiendo que lo había comprado legalmente y pagado un impuesto por ello.

—¿Qué estás haciendo por aquí?! —preguntó dando voces el que parecía más veterano.

En esos países donde se carecía de derechos, la policía siempre hacía preguntas absurdas y en voz alta para engendrar miedo, cosa que enseñan a la gente desde la infancia; de modo que se forma una imagen peligrosa en el cerebro sobre el cuerpo policial.

No supo qué responder viendo que ignoraban la realidad de aquel momento, las latas de cerveza que quedaban eran de la extranjera.

—Na... nada. Estoy esperando a una compañera.

—¿Una compañera?! —gritó exasperado desencajando sus ojos cual religioso fanático.

Malaj no debía decir que estaba acompañado de una mujer, dado que iban a suponer que, o lo estaba pasando bien con ella, o bien, y movido por la envidia, el policía no soportaba la idea de tener una disciplina que cumplir mientras que otros disfrutaban de la vida sin ataduras, puesto que las chicas debían estar encerradas en casa conforme a la mentalidad machista de la inmensa mayoría masculina.

—Una turista, per..., perdón, una turista, yo no tengo compañera —dijo temblando.

—¿Qué es lo que tienes dentro de la bolsa?!

—Son de la turista.

—¡Hijo de puta! —insultó el policía rompiendo la bolsa—.

¿Qué es esto?! —añadió enfadado, cogiendo en la mano una lata de cerveza como si fuera una bomba nuclear lista para explotar.

—Co... como le acabo de decir, esss... es de una turista qu... que está conmigo —contestó balbuceando.

El que acompañaba al más veterano le dio una fuerte bofetada dejándole un largo pitido en el oído.

—¡Tu documento de identidad! —le ordenó.

—Tome usted.

Al entregárselo recordó la única constante que existía: el miedo. Es decir, un régimen que protegía a las fuerzas del orden e intimidaba al supuesto ciudadano, usando todas las maneras de abuso de poder para que hubiera pavor a causa de la nada, solo el temor al temor para que nadie se atreviera a defenderse, creyendo que la policía es para los demás como las abuelas de antiguamente que buscaban cualquier pretexto para sacudirles a sus nietos, con el fin de que entendieran que lo hacían por su bien. Todos los de ese lugar fueron partícipes de tal conformismo que nada más daba sino mera humillación a ellos mismos.

Si uno nace en un país donde está aplicada la democracia, empieza a pensar y opinar sobre todo lo que le rodea. Esto es indiscutible, pero si le aleccionan durante su infancia que a través de la democracia surgen comportamientos inmorales, considerando a la ética una de las cadenas que frena los impulsos instintivos, teniéndola prohibida y sabiendo que un ser sobrenatural se enfada si se lleva a cabo, entonces aparecerá una especie de obediencia ciega y un disfuncionamiento del cerebro porque la religión es la que domina.

A causa de la religión nadie podía criticar al que tomaba las riendas de todo; es decir, al absolutista, aun viendo cómo eran

arrastrados al abismo robando sus recursos naturales o bien cometiendo otra tontería cualquiera. Es más, si alguien se atreve a salir a la calle a manifestarse reivindicando sus derechos y los de otros, reclamando la ausencia de hospitales, escuelas, universidades, agua potable, electricidad, empleo, etc., todos se volverán contra él, temiendo ser torturados o decapitados a causa del enfado del Sobrenatural o del que esté gobernando.

Ese pánico causaba una discapacidad mental duradera propagándose cual epidemia por todo el país en cuestión. Por lo tanto, no era de extrañar ver elogiado a un verdugo por parte de su víctima. Estas consecuencias produjeron una nueva generación estéril, minusválida mentalmente, conformista, programada, estúpida y temerosa entre otras. Lo peor de todo esto era que no tenían sueños, ni ambiciones, ni objetivos que realizar, a lo único que aspiraban, después de cansarse a muerte, era todo lo que abarcaba la necesidad biológica; o sea, igual que los animales irracionales.

El policía habló por el dispositivo que tenía en la mano transmitiendo los datos de la tarjeta de identidad. Mientras tanto, pasaban dos mujeres de lejos mirándolos cuando estaban esposando a Malaj. Una estaba empujando el cochecito de su bebé observando con pavor la escena, pensando que estaban deteniendo a un delincuente por haber robado o cometido algún que otro grave delito, ignorando que aquel bebé que estaba con ellas podría sufrir lo mismo cuando fuera mayor. Tampoco sabían en aquel momento que la víctima era un simple profesor que había comprado legalmente unas cervezas para tomarlas tranquilamente y alejado de la multitud, evitando ser visto por los mediocres que creían que los que tomaban el alcohol en la vida mundanal no lo tomarían en el paraíso del más allá.

En décimas de segundo llegó la patrulla y lo empujaron violentamente para que se sentara en la parte de atrás. Cuando

llegaron a la comisaría le tomaron declaración y adjuntaron en el informe de arresto que estaba tomando alcohol públicamente, a la vez que molestaba a los transeúntes por el efecto de la borrachera; por unas cervezas iba a pasar cuarenta y ocho horas en el calabozo.

Bajaron unas escaleras y abrieron una puerta de hierro muy grande. Lo primero que vio al cruzarla fue a tres hombres desfigurados, agarrándose a los barrotes intentando reconocer al nuevo o a los nuevos que traían. En la oficina le habían pedido que se desatara los cordones y se quitara el cinturón para que no intentara lastimarse. Le cachearon, puso su dinero y todo lo que poseía en una bandeja de plástico para guardárselo y, al final, firmó un montón de papeles como si se tratara de un terrorista. Tras los trámites imprescindibles abrieron la puerta del calabozo diciéndole a carcajadas: «esta es una hospitalidad especial, ja, ja, ja...».

Veinte personas había en el interior, cada cual estaba por un motivo diferente. Había ladrones, delincuentes, inmigrantes, contrabandistas... Nadie confesaba la causa real de estar ahí, sacando a relucir su presunción de inocencia. Su psicología iba debilitándose poco a poco ya que nunca estuvo en circunstancias similares hasta que se encontró con esa extranjera. Evidentemente la culpa no fue de ella, sino de él que sabía de sobra las leyes estatales; o bien quizás fuera por nacer en un sitio donde lo único que destacaba eran los templos religiosos y las cárceles para meter a los que piensan, creyendo que las jaulas eran la solución en vez de la implantación de la democracia para todos.

Se le acercó uno de los presos con los que compartía el calabozo preguntándole:

—¿Por qué motivo te trajeron?

—Por unas cervezas.

—Ja, ja, ja... te ves muy asustado, pero no te preocupes, pasarás dos días por aquí con nosotros y, al tercero, te llevarán al tribunal con el fin de que firmes el acta de acusación y, finalmente, estarás libre bajo fianza —comentó a carcajadas haciéndole sentir estúpido—. ¿Tienes tabaco? —añadió.

—Sí —respondió Malaj sacando un paquete de su pantalón.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el encarcelado observando la inocencia y el temor en los ojos de Malaj.

—Malaj, me llamo Malaj.

—Mi nombre es Ramis, encantado.

Ramis le contó que había pasado dos meses en ese calabozo, cada mañana lo llevaban para el tribunal con el propósito de tener un juicio por un robo en una casa. Le informó asimismo de que unos jóvenes, que estaban en una celda paralela, tenían una orden de busca y captura por posesión y tráfico de estupefacientes y sustancias psicotrópicas, cayéndoles una condena de diez años de cárcel.

Mucho alboroto ocasionaban los encarcelados blasfemándose los unos a los otros. En un momento del tumulto, un policía vigilante de seguridad informó gritando de que iba a ser la última oportunidad por si alguien quería que le trajeran algo de comer y tabaco con el dinero que les habían guardado.

Según le explicó Ramis, no daban gratuitamente ni comida ni bebida a los detenidos, a menos que tuvieran algún familiar que se lo pudiera traer. Pero al pasar por las manos de la policía para su comprobación, o bien se la quedaban, o bien daban buena cuenta de ello dejándole al preso unas migajas; y si no tenía a nadie cerca, localmente hablando, se quedaría sin nada, a menos que disfrutara de la generosidad por parte de los que compartían el espacio con él. Daba mucha pena ver tal miseria humana. Aun teniendo dinero para la comida todo costaba caro; un bocadillo en el calabozo valía el triple, era muy injusto. A

cada rato traían a menores, prostitutas borrachas, criminales sangrando por alguna que otra reyerta y también a inocentes.

Malaj se quedó observando cándidamente a un policía vigilante cuyo único rol era abrir y cerrar las puertas, hechas de barrotes de hierro, por las que entraban y salían los detenidos para hacer sus necesidades, preguntándose cómo podía ser que uno llevara toda su vida ejerciendo esa tarea, aguantando todo tipo de malestares.

Siempre había más de uno que estropeaba el sueño a los demás, sobre todo esos drogadictos que estaban con el mono; por eso adaptarse a esa situación era la mejor solución. Uno de los menores que habían traído preso se jactaba de haber salido en las noticias por haber matado a un cuarentón. Ese menor formaba parte de una masa muy extensa que no dudaría en coger un arma blanca y matar a quien odiaba, mas no soportaría estar ni un minuto en el interior de una biblioteca.

En una esquina había un hombre gesticulando y hablando todo el rato consigo mismo, creando un personaje verosímil con el que compartía su soledad. No estaba bien de la cabeza, ya que estarlo requiere una gran fuerza mental y esto, en un país similar, era casi imposible. Era pacífico y lloraba de vez en cuando, pero como bien es sabido, lagrimear entre indiferentes es insignificante; sin embargo, puede que sirva de consuelo.

Al día siguiente, Malaj mandó que le trajeran, pagando con el dinero que tenía en depósito, dos bocadillos, dos refrescos y un paquete de tabaco de una marca muy conocida en el mercado. Al recibir la demanda se sorprendió. En los bocadillos casi no había relleno, apenas llevaba un poco de aceite de oliva de mala calidad, los refrescos no eran los pedidos y el paquete de tabaco era de los baratos; o sea, además de que el precio de cada producto fue triplicado, lo estafaron. Le dio uno de ellos junto con un refresco a ese hombre pacífico quedándose él con el resto, ya que no podía engullir nada bajo esa injusticia.

—Ya te lo he dicho. Sabes que ese paquete barato que te han traído puede que se lo hayan robado a una familia cuando iba destinado a otro recluso, por lo que hacen la reventa; es decir, salen siempre ganando con más de la mitad de los internos. O lo que es lo mismo, comen, beben y fuman a costa de todos nosotros —le dijo Ramis arqueando una ceja—. Y si te quejas, te dirán que quien lo ha traído ha sido un camarero y ya se marchó. Por lo tanto, no te extrañes al ver cosas que no has pedido —añadió explicándole las circunstancias desconocidas para los que estaban fuera de los barrotos.

La conclusión que sacó fue evidente; aparte de lo que cobraban los funcionarios, robaban a los presos.

Al pasar esos dos funestos días en aquel cementerio de cadáveres vivos, se acercó un policía con una lista en la mano llamando a los que tenían que irse al tribunal; entre ellos estaba Malaj. Recuperando sus cosas vio que le habían robado un dos por ciento de su dinero, aparte del precio que ya había pagado por triplicado de los productos pedidos. En consecuencia, Malaj empezó a gritar pidiéndoles a esos funcionarios que le devolvieran el dinero que faltaba. Quizás esa reacción fuera extraña por parte de los vigilantes, razón por la que intercambiaron miradas conspirativas. Sin más dilaciones, un agente, que estaba justo detrás, lo esposó muy duramente mientras seguía gritando.

—Lo que falta ha sido destinado a la compra que te han hecho cuando estabas detrás de los barrotos —le dijo con una mueca.

—¡Yo no soy ignorante, soy una persona culta, quizás estéis acostumbrados a hacer igual con todo el mundo, sois unos corruptos! ¡No me podéis engañar! —gritó a voz en cuello inconscientemente— ¡Me traéis a vuestro infierno solo para demostrar que estáis cumpliendo con el servicio y acabáis robándome! —agregó histéricamente.

—¡Sacadle de aquí, que se vaya a la mierda! —ordenó humillantemente un policía.

Lo arrastraron por unas escaleras llevándolo a la patrulla junto con otros delincuentes en dirección al tribunal. Cuando llegaron observó que había un montón de mujeres esperando ver a los suyos, comprendiendo el porqué de que estuvieran cada día en el mismo sitio.

Nunca se encontró una explicación lógica a su detención; es decir, el hecho de vender alcohol legalmente y llevar al comprador al calabozo si las autoridades lo pillaban en posesión de ello. Los policías se sentían héroes al realizarlo; sin embargo, en los casos más graves en los que se requería una intervención policial urgente, desaparecían, a menos que fuera con sobornos, como si el derecho se comprara con dinero.

Tras una espera de más de cincuenta minutos en el interior de una sala que apestaba, le llamaron para dejar la huella dactilar en un montón de papeles, confirmando su supuesto delito y multándolo a la vez.

La primera cita con una desconocida le había hecho acabar en el calabozo, pero en verdad le sirvió de gran experiencia; al menos vivió en sus propias carnes cómo funcionaba el régimen y el sistema y su actitud para con los que él creía que se consideraban ciudadanos. No se esperaba que dejaran pasar hambre a los presos, puesto que el cuerpo humano necesita de las propiedades alimenticias para poder subsistir.

Muchas llamadas encontró en su teléfono al volver a casa. No le importaba nada ni nadie, estaba muy nervioso maldiciendo las circunstancias que le hicieron existir, y eso era lo que buscaba el régimen; enrabietar a los individuos para que no pensarán y no para que se sintieran bien cómodos. Fueron muy feroces y malvados en su conducta los policías. Era la

mejor manera de llegar a la conclusión de que dicho régimen no consideraba a sus ciudadanos como personas, sino como súbditos irracionales y enemigos acérrimos.

Se metió en la ducha para quitarse de la piel ese olor nauseabundo y esa suciedad que residía consigo a causa de unas sábanas carcomidas por unas polillas y otros insectos y microbios; habitantes oficiales de esas contagiosas comisarías. Cuando salió se preparó café y lio un porro saliendo al balcón a fumarlo. La extranjera estaba sentada en su balcón con las piernas cruzadas tomando un zumo. Justo cuando lo vio se puso en pie saludando con la mano. Luego, sin pronunciar palabra alguna, para no llamar la atención de los transeúntes que pasaban por la calle, le preguntó por señas si podía ir a su piso, a lo que asintió afirmativamente con la cabeza.

Poco tardó en presentarse en la morada de su nuevo amigo, pasando al momento a su interior al encontrarse con la puerta abierta. Una vez dentro empezó a escanear con sus ojos la casa humilde y desordenada de Malaj para obtener, más o menos, una idea sobre su personalidad. Él, mirándola de cerca e interrumpiéndole la curiosidad, le dijo:

—No tengo cerveza.

Se quedó perpleja al escuchar tal frase sin más, no sabía la razón de ello.

—No estoy para cervezas, solo quería preguntarte si te pusiste enfermo o algo por el estilo. Ya sabes, desde que te fuiste antes de ayer no te he vuelto a ver —se explicó.

—¿Irme? ¿En serio ignoras el motivo de mi desaparición?

Dicho esto, le miró a los ojos intentando recibir alguna explicación razonable permaneciendo callada. Él, percatándose de su ignorancia al respecto, le informó superficialmente de algunas de las leyes establecidas, al igual que del motivo de su desaparición cuando ella se fue al baño del restaurante,

mientras le servía en un vaso un chorro de café humeante de la cafetera recién retirada del fuego.

—¿Cómo? ¿Por tomar cervezas que se venden legalmente en mercados autorizados?

—Sí. Más de la mitad del alcohol que se vende por aquí es casi cien por cien de producción local, pero para que la autoridad se salga con la suya, como hace siempre, aplica lo que está escrito en una libreta llamada constitución, sabiendo que la religión siempre está a su favor, argumentando que el alcohol es solo para los turistas, siendo esto una fuente de economía imprescindible, y es consumido por todas las clases sociales incontrolablemente. Como sabes, todo lo prohibido es tentador —dijo lamentando esa verdad.

—¡Ja, ja, ja, no jodas! Cuando he ido a esos mercados la única extranjera que había por allí era yo, todos los demás eran paisanos tuyos —confirmó Lilith—. De todas formas, debería haber más control en las puertas comprobando la nacionalidad de los consumidores. Los que no cumplen con el deber son las autoridades en este caso. Estas saben por experiencia que cuando hay oferta es por haber demanda, que yo sepa. Es decir, no hay prohibición en la caja al pagar, pero de puertas para fuera se aplica la ley. ¡Vaya contradicción! —dedujo inteligentemente.

—Es lo que hay.

—Creo que a veces la religión, como me has indicado, se aprovecha de ello al ser aplicada de esta forma. Aparte de la clase trabajadora, ¿tú crees que la élite oriunda de esta religión no consume alcohol?

—¡En exceso, por supuesto! —contestó Malaj.

—Esto crea, sin lugar a dudas, una hipocresía social. Creo que hay que aplicar la ley sobre los que impiden la comodidad del otro y causan problemas, protegiendo de esta manera al

consumidor; si no, sería una manera de robarle legalmente, cobrándole primero un impuesto sobre el producto y luego le hacen pagar una multa tras haber sido encarcelado dos días; doble beneficio para el Estado —interpretó Lilith sagazmente la explicación básica de Malaj.

Lilith se dio cuenta de que le había hecho muchas preguntas, parecía como si viviera dentro de una película hecha para estúpidos, no paraba de interrogarlo. Por lo menos intentaba comprender el quid de cada punto; de hecho, cambió de tema al comprobar que algo iba mal. Encima, ese tema era muy extenso.

Él, usando su experiencia y la realidad palpable de su entorno, se dispuso a aclararle unos datos importantes bajo su punto de vista, sentándose a la mesa y apoyando la cara en la palma de su mano izquierda como quien no sabía por dónde empezar. Inició sus explicaciones sobre la libertad, comentando que el cerebro de la mayoría de los que vivían en aquel continente estaba profesionalmente manipulado. Todo individuo poseía una información ofrecida por unos medios de desinformación estatales, razón por la que había una esclavitud moderna y coloreada. Por consiguiente, estaba prohibido terminantemente hacer que funcionara la sustancia gris del cerebro ante el desarrollo de las culturas ajenas, todo eso por unas cuestiones religiosas. Lo más risible era que vinculaban la religión con todos los asuntos de la vida humana, haciendo imposible una vida libre liberada; y consecuentemente, una dictadura sagrada y temible.

Continuó su exposición agregando que era punible preguntar por los beneficios representados en los recursos minerales y naturales que se exportaban a otros países. No se aprovechaba ni un céntimo en el desarrollo a nivel humano, cultural, social, científico y artístico. Es más, nadie tenía datos tangibles de

adónde solía ir tanta cantidad de dinero robada, que si la hubieran invertido en beneficio público, hubiesen tenido un paraíso en vez de tener esa vida primitiva de la que formaba parte más del noventa por ciento del pueblo llano.

Sumado a ello, en el parlamento sacaban de la noche a la mañana decretos desde el anonimato, sin que los ciudadanos se enterasen previamente de su forma ni de su contenido, importándoles un huevo si iban o no a ponerse de acuerdo sobre ello. Ya sabían que la inmensa mayoría estaba ocupadísima pensando si el Sobrenatural le iba a conceder el paraíso material; o sea, ese edén del más allá que está esperando, o la arrojaría al infierno.

En realidad es buena idea promover el miedo a través de una religión para que el fiel no piense en sus derechos, conformándose con las enfermedades psicológicas que vaya adquiriendo, debido a la paciencia y la esperanza de que algún día cambie la situación, embebiendo de una oscuridad que le inculcaron durante su infancia en los templos, en la escuela, en la calle y en la televisión, pudiendo convencerle de que la vida es solo una cosa mundanal; y lo mejor es lo que el Sobrenatural le está guardando en una vida invisible que empieza después de nuestra desaparición de la existencia, sin saber exactamente dónde ni cómo con exactitud, renunciando fácilmente a todos sus derechos básicos sin usar la violencia, igual a lo que pasa con el efecto de los estupefacientes.

Malaj argumentó un poco por encima como si estuviera cansado de decir siempre lo mismo, pero ya había empezado con la explicación y tenía que seguir con ello. Además, el haber estado en el calabozo le dio más energía para sacar fuera todo el peso de su odio sobre el sistema que estaba actuando con toda su fuerza contra el pobre.

Añadió comentando que la metodología educativa estaba hecha de forma que el alumno odiara escuchar algo llamado escuela. Había muchos ataques intencionados hacia ello en la televisión pública por medio de programas decadentes e inútiles, con el fin de idiotizar al receptor y, sobre todo, destinados a los jóvenes de la nueva generación.

Hablando sobre la educación, Malaj le contó que un día, estando en clase, le surgió la idea de hacer unas preguntas simples a sus alumnos de primaria, que les estaba enseñando la lengua gauri, tanteando su nivel cultural, tales como el nombre de la capital de su país, dónde se encuentra su ciudad natal en el mapa, nombres de planetas cercanos, etc. Más del noventa por ciento ignoraban las respuestas, sabiendo que estaban portando mochilas cargadas de libros y cuadernos. En consecuencia, el error y la responsabilidad caían sobre un sistema educativo vergonzoso.

Aquellas negligencias y trampas estaban hechas a propósito dejando al individuo, inconscientemente, pensar solo en sí mismo; de nada le servían un montón de libros pesados cuyo contenido solía ser escaso o más bien aburrido. Así pues, el alumno crece con una mente dispersa y sin formación básica y servible, ignorando el significado de los términos como derechos humanos, dignidad, justicia social, libertad, cavilar, criticar..., desorientado totalmente y sin ambiciones, creyendo que la vida es solo cuestión de temer al Sobrenatural y esforzarse para no morir de hambre. El uso de sermones en templos y en canales televisivos apoyaba el quehacer del rey Abu Musaab, el déspota, convenciendo a los súbditos de que la paciencia era el único capital de los creyentes, puesto que Él ama a los pacientes y a los pobres.

Al avanzar en la edad a todos se les abría una grieta dolorosa y ulcerada en su interior de tanto aguardar alguna esperanza

concreta, mas ya era tarde; la droga del espíritu ya les había perforado el cerebro. El fiel, al ver que no es feliz, sin derechos ni nada que le alegre el alma, cree que es un pecador, por eso Él no le ayuda ni responde a sus ruegos.

Disponían esas naciones de parlamentos donde los parlamentarios no servían sino para arrear ganado, no sabían ni cómo formar una oración simple. Eran, en su mayoría, corruptos desposeídos de cualquier decisión y que se limitaban solo a robar el dinero público. El gobernante los colocaba como títeres, dando a entender a otros países que estaban bien organizados, pero no eran más que unos Estados absolutistas; todos los poderes estaban en manos de un solo hombre. Este, con su mafia y rodeado de esclavos, va semanalmente a los templos a rezar y sale en todos los canales estatales, vestido con el atuendo tradicional religioso tocando hábilmente la cuerda sensible de los creyentes y ganando su confianza. De antemano saben que la masa se deja guiar por los sentimientos religiosos y no por la razón; entonces, permiten estar dirigidos por un ladrón solo por vestirse igual que sus paisanos. De ahí surge lo conocido como: a Dios rogando y con el mazo dando.

Eso sí, cuando aparece un laico honrado, aspirando a conseguir un futuro mejor para todos, lo primero que hacen es satanizarlo en los medios de comunicación haciendo lo posible para que sea odiado, usando en su contra la religión como arma destructiva del laicismo creando una falacia lógica; en vez de presentar razones convincentes demostrando su debilidad e ineptitud, atacan a la persona desacreditándola por completo.

El individuo inteligente, al mirar hacia su entorno, se percata de que hay muchas víctimas con las que comparte el mismo dolor y que también piensan solo en sí mismas, llegando a la conclusión de que los responsables en la escuela,

en el instituto, o bien en la Universidad, cuya mentalidad era dictadora y conspirativa, no los estaban formando para ser personas libres, sino todo lo contrario; los programaban para ser máquinas perfectas.

Es doloroso ver a un desconocido pobre e inculto, amigo de un corrupto en el gobierno, haciéndose rico justo unos meses después de recibir una cartera ministerial. El dinero público lo repartían entre ellos, y a medida que vaya agotándose habrá una solución muy simple para su recuperación: subir los impuestos.

—¿Me pasas ese paquete de tabaco, por favor? —pidió amablemente Malaj a Lilith, cortando un momento la explicación para tomarse un descanso.

—Sí, claro —respondió ella muy concentrada deseando saber más cosas, ya que por cómo iba el hilo de la conversación, se notaba que aún quedaba mucha miga.

—Supongo que las cabezas pensantes toman alguna que otra sustancia para evadirse de la realidad —comentó Malaj, liando un porro mirando la palma de su mano.

Lilith no dijo nada, solo se limitaba a observarlo como si fuera un extraterrestre; nunca había escuchado algo semejante. Eso sí, Malaj tenía el don de atraer la atención de cualquiera cuando empezaba a hablar.

Dio tres caladas profundas al porro y tomó el café de su vaso que ya iba enfriándose. Prosiguió con el tema de la sanidad comentando que era un puro escándalo. Aún las mujeres daban a luz a las puertas de hospitales sin la menor condición de higiene necesaria debido a la pobreza. Ni la menor atención médica había, incluso los médicos de hospitales públicos tenían mentalidades dictatoriales.

Dicho esto, se calló un instante carraspeando, pero la verdad lo hizo para que no se le notara esa sensibilidad que lo estaba conduciendo al llanto.

—Hum... una cosa, Malaj, ¿estás casado? —preguntó ella para romper ese silencio obligado por lo delicado del tema.

—Todo lo que te he contado recientemente y otras ambigüedades son las que afirman una vida discapacitada e indeseable en este entorno. Es una razón básica y suficiente para que yo no lo esté —contestó inesperadamente—. Eso sí, si te refieres al sexo, es una cosa, pero el casarse por el mero hecho de tener descendencia, trayendo a este mundo una generación para sufrir existiendo en un infierno, sin el menor indicio de una dignidad asegurada ni libertad deseada, sin calidad de vida y enseñanza juntas, sin sanidad cualitativa, sin voz ni voto para que pueda decir «NO» cuando sea permisible el caso, entonces es otra cosa totalmente diferente —añadió seriamente.

—Lo siento mucho si te he molestado con mi curiosidad, pero si quieres saber mi opinión, yo en tu lugar haría lo mismo —dijo comprendiendo el mensaje.

—Ya, para qué sirve la vida si uno no puede decir lo que piensa.

Aprovechando la presencia de la extranjera en su hogar y dado que la charla se había alargado bastante, la invitó a una ensalada mixta casera que sabía preparar muy bien. Al salir de la cocina con dos platos en la mano, la pilló anotando algo en una agenda color rosa que cerró en ese mismo instante guardándola en su bolso, por lo que le esbozó una pequeña sonrisa agradeciéndole su amabilidad. Malaj no se metía en los asuntos de los demás, no preguntaba cosas que no le iban a aportar algo positivo a su vida, aparte de que era algo tímido. Esta era una de las causas de su bienestar, siempre pensaba que podía incomodar a alguien por pedirle que explicara algo que pudiera ser personal.

Terminada la ensalada se despidió Lilith con el pretexto de

que tenía una sesión de fotos en la playa con unos chavales vestidos de ropa tradicional.

—Me parece interesante lo que haces —dijo Malaj.

—Si te apetece ver cómo lo hago, ya te avisaré con tiempo cuando vaya a otra para que me acompañes.

—Buena idea, con mucho gusto, gracias.

—Es un placer.

Al otro día por la tarde, saliendo de la puerta del edificio portando un libro en la mano, Malaj vio un grupo de jóvenes conocidos corriendo a toda velocidad ignorando el motivo de la escena, quedando totalmente esclarecido unos pocos segundos más tarde al aparecer una patrulla policial. En todos los Estados de ese continente subdesarrollado ocurría algo muy raro: la mayoría de los jóvenes en cuanto veían algún vehículo policial echaban a correr para esconderse, como quien veía a unos criminales armados hasta los dientes dispuestos a robar y asesinar. Como es sabido, los agentes del orden, en las naciones democráticas, están para proteger a todo el mundo, mas la población gobernada por los déspotas les tiene un miedo injustificable. ¿Por qué razón será? ¿Por qué dicha sensación es de sentido común? Preguntas que se hacía a menudo y que poco a poco se aclaraban para él, ya que sabía cómo funcionaba el sistema.

Estando Malaj leyendo, sentado en un jardín próximo a un templo religioso con un ritual diferente al de su cultura donde unos chavales jugaban en presencia de sus padres, se aproximaba un hombre bigotudo y barrigudo mirando de derecha a izquierda como si fuera a robar algo. Lo siguió con sus ojos para ver cuáles eran sus intenciones. El hombre continuó avanzando hasta que se acercó a la pared de dicho templo y, pegándose a ella, empezó a orinar. El guardia que estaba controlando esa zona fue corriendo a descubrir a aquel sinvergüenza lanzándole unas voces rabiosamente.

—¡Eh! ¿Qué estás haciendo?!

El tipo no le hizo caso y siguió con lo suyo.

—¡Te estoy hablando, barrigudo!—gritó amenazadoramente.

—Estoy meando como ves —dijo con toda calma el tipo, cerrándose la cremallera.

—No tienes vergüenza, podías haberte ido al baño de uno de los cafés que por aquí abundan.

—No te preocupes, este no es nuestro templo, sino el de los infieles. Ya sabes que no hay ningún problema en ello —concluyó el barrigudo.

—No te estoy hablando de la tipología de los templos, sino de la actitud.

—No pasa nada, tío. Como sabes, todos los días vienen aquí los borrachos para mear y nadie les dice nada —profirió seguro de sí mismo, sin pudor.

El guardia conocía muy bien la mentalidad de los de su entorno. Ya no dijo nada más y se dio media vuelta retirándose, reanudando su trabajo. Hay veces en las que la gente actúa como los animales irracionales. No le importa si hay o no personas en derredor; es más, pueden volverse agresivos si alguien protesta. En las calles no había ni un baño público, lo que responsabiliza a ambas partes, tanto al gobierno como al súbdito.

Fuera donde fuese, Malaj no se encontraba cómodo porque su entorno olía a retraso. A veces deseaba no haber existido para no ver ni oír lo que le causaba daño psicológico. También sabía que eso era fruto de la acumulación de un fracaso cultural y social organizado por el régimen dictatorial establecido.

Se levantó del verde césped yéndose sin rumbo fijo, intentando ocupar su mente con lo que no fuera humano o vinculado a ello. Pero lo único que encontró fueron vagabundos, discapacitados y enfermos portando aún las vías con el suero

intravenoso y mendigando en plena calle, enseñando sus lacras a los transeúntes miserables a ver si lograban tocarles la cuerda sensible de la misericordia para recibir una mezquina limosna. Lo que hacía sufrir a Malaj era cuestionarse y hacerse muchas veces preguntas existenciales. No solía llegar a un resultado concreto, solo al sufrimiento que era su lema vital. Veía que Abu Musaab, su rey, exportaba los recursos naturales ganando millones y millones, pero todo el dinero iba destinado a su bolsillo, nada hacía por los pobres ni para su desarrollo. Eso, sin duda, imposibilitaba una vida humana digna, donde el concepto del ciudadano solo estaba escrito en papeles y no se llevaba a cabo en el mejor sentido de la palabra, engañando con ello a otras naciones avanzadas.

Aún analizando las escenas ignominiosas que iba viendo en la calle, le interrumpió un joven pidiéndole que le ayudara económicamente para poder coger el autobús y volver a su ciudad. Le indicó que se dirigiera a la jefatura policial contándoles su problema, seguro le serviría de algo. Sabía que el tipo no quería dinero para coger el autobús, sino que era una manera de mendicidad especial. Esto era algo muy normal; un continente de mendigos gobernados por caudillos atiborrados de riquezas hasta el infinito junto con sus familias.

Sentía mareos al ver mujeres tapadas de cabo a rabo rodeadas de un montón de niños dormidos, o bien dopados, en sus regazos. Tendían la mano pidiendo limosna como si estuviera viviendo en un espacio y un tiempo remotos. El fenómeno afeaba la imagen de la ciudad más de lo que estaba, aparte de que no se sabía a ciencia cierta si eran sus madres biológicas o solo comercializaban con ellos. En vez de estar en una escuela estudiando se encontraban, involuntariamente, en la calle. Se supone que las madres libres son leonas y

luchadoras, cualquiera trabajaría en lo que fuera para ver a sus hijos en la escuela obteniendo una buena formación, y no al revés. Más del sesenta por ciento estaba arropado con los harapos de la ignorancia dando fruto a un atraso ético, social y cultural.

Dicho fenómeno era algo común, ya que en sí es una epidemia al igual que otras semejantes estando todas en paralelo con ella, pero lo más vergonzoso de todo, siempre hablando de ese entorno, fue ver cómo a un joven con un cuaderno en la mano y dirigiéndose a una universidad lo criticaban por el mero hecho de seguir estudiando, simplemente porque cuando uno cumplía los dieciocho años debía estar casado y trabajando. Es decir, los conceptos ambición, objetivo, meta, sueño, etc., son puras pamplinas y provocan la risa.

Aireando dicha realidad recordó esas visitas familiares que hacía de buena fe y lo duro que era aguantar la impertinencia de los interrogatorios. Constantemente le preguntaban cuándo iba a casarse, ya que el ser humano iba creciendo en la edad con el tiempo, que a los trece años ya podían contraer matrimonio, que había que tener hijos... A fin de cuentas, no ven en la persona su capacidad para progresar y conseguir sus metas, sino como una máquina reproductora de unos seres que podían o no ser humanos, obligándolos a pensar y actuar como ellos sabían hacer; por consiguiente, aplicaban inconscientemente la teoría del dictador heredada genéticamente.

La sociedad, sin mencionar la excepción, solo admitía el razonar de una abuela longeva creyendo saber de la vida y de su gestión. Y, en consecuencia, habría autómatas que opinarían lo mismo, no aceptarían la diversidad, temerían al color de la piel y la diferencia de lenguas y creaciones humanas, odiarían la belleza y el arte prohibiendo también la cultura ajena considerándola impura.

Lo risible en un tema de género es que, en tal mundo del primitivismo, no permitían a la mujer presentarse a las elecciones gubernamentales para ser presidenta del gobierno debido a que su religión afirmaba que no progresaría una nación si fuera gobernada por una mujer a causa de su ineficacia mental y religiosa, sabiendo que a lo largo de la historia se demostraba lo contrario. Cuando veían a mujeres aptas tomando las riendas en países desarrollados, los religiosos comentaban que ellas solas nada podrían conseguir si no estaban asesoradas por hombres especializados y aptos para ello, olvidándose de que ocurría lo mismo con los hombres; es decir, necesitaban la opinión de otros. La actitud machista era sagrada, incluso la mujer en aquel entorno lo fomentaba, puesto que ya había sido programada y manipulada por el sexo masculino. El estatismo mental estaba protegido por unos partidos cuyo lema era la corruptibilidad.

Lo que ayudaba a odiar tales gobiernos es que nunca estaban para atender al pueblo en las instituciones. En estas, el individuo culto, al no ser recibido y tratado como un ser humano con derechos, tendría un porcentaje bastante grande de ser metido en algún que otro presidio, dado que protestaría enfadado reclamando su derecho, siendo recriminado y acusado de crear un caos dentro de un ambiente laboral o cualquier otro delito, apagando dicha voz para que no fuera un ejemplo a seguir. Entonces, serviría de escarmiento para tapar otras bocas siendo incapaces de abrirse salvo en presencia de algún dentista.

Malaj acabó con muchas de las relaciones tóxicas que tenía con unas máquinas en forma de seres humanos. Eso no quita que la naturaleza del hombre necesite de una buena compañía positiva y constructiva. Apenas se veía con unos colegas suyos para engrasar un poco la línea conversacional, oxidada muchas

veces por el manejo de unos cacharros llamados móviles más inteligentes que su usuario; una epidemia extendida por todo el planeta, de manera que pueda haber más de cinco personas reunidas en una mesa con un móvil cada uno, metidos en un mundo virtual y dejando indiferente a la compañía de al lado. Tal epidemia enseña deseducación, sinvergonzonería, apatía, desprecio, displicencia, etc. Debido a esto, no es de extrañar la ausencia de la solidaridad, la importancia del omitido bienestar público, hablar de temas cuyos ejes son la base social, llegando a una conclusión que permita el desarrollo social y cultural. Alimentar esa epidemia ayuda a un sistema corrupto a controlar las mentes masivamente, tanto por los móviles como a través de programas televisivos en pantallas grandes.

Utilizaban los medios de comunicación para echar veneno, tanto en el arte como en la literatura, a través de mensajes subliminales que fomentaban la decadencia, la estupidez, la arrogancia, el odio y un sinfín de conductas maleantes de manera consciente. Hablar estoicamente ya se echaba de menos, lo que abundaba era mucha cantidad de basura en forma de letras proferidas. Los intelectuales temían expresarse, solo lo hacían a escondidas y en voz baja como si estuvieran cometiendo graves delitos. Eso lo predijo uno de los grandes escritores y pensadores de la humanidad, Fiodor Dostoyevski, cuando dijo:

«La tolerancia llegará a tal nivel que las personas inteligentes tendrán prohibido pensar para no ofender a los imbéciles».

Le creció el musgo al pánico por ser tan luengo y antiguo en la historia de aquel Estado, mas algún día el pueblo sabría que la audacia y la valentía también forman parte de la inteligencia.

Lilith telefoneó a Malaj, invitándolo a que fuera con ella a una sesión de fotos que tendría lugar el día siguiente en la

misma playa en la que estuvieron unos días antes. Fue una oportunidad irrepetible para presenciar esa profesión de la que él nada sabía.

Antes de que despuntara el día citado salieron los dos en un coche que ella había alquilado en dirección a una zona acantilada y rocosa. Ya estaban allí los modelos acompañados de dos hombres junto a una cantidad de material vinculado al arte de la fotografía, aprovechando el color sonrosado del amanecer. La cámara estaba sujeta sobre un trípode y uno de los hombres que los acompañaba portaba un reflector, dirigiéndolo hacia los modelos dando una iluminación artificial, cambiando continuamente su movimiento según las órdenes de la extranjera. Esta empezó a disparar la cámara cogiendo fotos, tomándose su tiempo en ajustar bien el enfoque. Todas ellas salían muy naturales y con un mensaje distinto. A Malaj le encantó una foto tomada en un espigón; una chica vestida de blanco posando sobre una roca mientras el viento le vapuleaba la vestimenta. El paisaje de fondo era impresionante; las olas se rompían detrás de ella, formando una espuma blanca y deliciosa bajo el color rosa de las nubes que se cernían sobre el mar. Disfrutó dos horas al máximo sintiendo una libertad inexplicable.

Lilith lo invitó a desayunar a una lechería al acabar su tarea. Antes de comenzar a probar bocado le confesó que hacía tres años estuvo trabajando con el ejército de su patria, realizando muchas misiones nacionales e internacionales sin mencionar cuáles eran.

—Entonces, ¿eres militar? —preguntó sorprendido.

—No, no lo soy. Solo estuve en el cuerpo militar prestando ayuda —contestó mirando su zumo de naranja—. Una pregunta, ¿por qué la tasa de natalidad aquí es tan elevada y los padres cada vez piensan en tener más hijos si no hay futuro

ni para ellos mismos? —agregó yéndose por la tangente para no profundizar más en la explicación.

— ¿Te acuerdas de lo que te conté en mi casa?

—Bueno, algo sí. Me hablaste de muchos temas.

—Pues la respuesta a tu pregunta es la tradición. Si hay matrimonio, tiene que haber hijos, da igual si son pobres o no; porque, si no, serían el tema de conversación de muchas bocas. Para la mayoría, la hombría se representa en la cantidad de hijos que uno tiene. —intentó explicarse.

—Pero de esta forma viven para los demás. Están condenados a seguir a rajatabla las instrucciones de otros. Esto no es vida.

—En efecto. Religiosamente incitan a que haya mucha natalidad; en consecuencia, muchos seguidores. En otras culturas dicen que los hijos nacen con un pan bajo el brazo. Aquí nada más nacer les cierran la boca y los encadenan —afirmó—. También puede tratarse de una idea codiciosa de conquistar otras regiones por la fuerza, utilizando al ser humano como escudo para proteger los intereses de unos desconocidos.

—Si sus gobernadores no les dejaron ni pan ni agua, solo sobras, y ni siquiera los padres disfrutaban de una seguridad, ¿cómo se la van a ofrecer a sus hijos? Como sabes, nadie da lo que no tiene.

—Ya. Se puede adivinar la respuesta, no creo que sea difícil —comentó Malaj.

—Esos niños inocentes al no encontrar un futuro, y seguro que no lo habrá sin lucha, serán como sus padres; o sea, máquinas o algo peor todavía. Puede que se integren en una organización criminal y terrorista por el dinero, cumpliendo órdenes de unos jefes que prohíben el acceso escolar a las chicas, la ciencia, el intercambio de culturas, el arte, la música y cualquier otra creación humana, fomentando artísticamente la muerte y complaciéndolos en sus deseos —dijo minuciosamente.

Escuchando lo que estaba diciendo Lilith, se dio cuenta de que sabía mucho sobre lo que ocurría dentro de su país y, en general, de todo el orbe.

El cambio siempre tuvo, tiene y tendrá solo una dirección: vertical; es decir, de abajo para arriba, de los ciudadanos para los responsables y nunca viceversa. Había un montón de organizaciones terroristas en diferentes partes de este planeta que, incluyendo la política de muchos de los gobiernos, incitaban a sus seguidores, mediante los medios informativos, a apartarse de todo lo que estaba relacionado con otras culturas extranjeras como la música, la escultura, la pintura, la ingeniería, la lengua, etc. Solo estaban disponibles unos libros que querían que sus seguidores leyeran, formando una ideología de terror y odio al prójimo por el mero hecho de no opinar como ellos, considerándolos impíos, impuros e infieles.

De entre las cosas que esos libros enseñan cabe destacar:

Cómo matar a los seguidores de una ideología diferente. Odiarlos de corazón, mostrándoles un amor hipócrita con el fin de satisfacer unos intereses comunes tal y como dictaban sus instrucciones sagradas; matar apóstatas; arrojar desde lo alto a los que tienen una orientación sexual distinta; la prohibición de criticar tanto al que gobierna como al dogma que consideran sagrado; prohibir la música siendo considerada la flauta de Satanás; enseñar la manera minuciosa de cómo cortar las manos y los pies a los ladrones, sin olvidar la prohibición de la diversidad; la manera exacta de explotarse en medio de una multitud y un largo etcétera. Todo esto para agradar al Sobrenatural.

Lo peor de todo es que creían ciegamente que el Sobrenatural, aplicando dichas instrucciones, estaría contentísimo y les concedería un paraíso donde habría muchas mujeres para su diversión, mozos hermosos sirviéndoles vasos de alcohol y

fruta en abundancia e incesantemente. Esos fieles en la vida terrenal tenían un solo objetivo: expandir dicha creencia por el mundo entero. No era para socorrer a la humanidad de las enfermedades crónicas o de la pobreza, sino solo para obligarles a que tuvieran su mismo razonamiento, y si no, se verían forzados a cometer un asesinato masivo y sagrado a la vez.

Hablando de todo esto se puede retroceder hacia atrás, precisamente a un pasado lejano, para mencionar a unos librepensadores pertenecientes a esa temerosa ideología. Dichas personas llevaban la contraria a sus gobernadores y sus instrucciones destructivas, abogando por un pensamiento crítico y el uso de la razón. Tales como Averroes, Al-Idrisi, Al-Juarismi y Avicena, entre otros, fueron rechazados o bien acusados de herejía e infidelidad, trabajando fuera de la base religiosa y cultural de la ideología social. A todo lo que aspiraban era conseguir una autorización gubernamental para dar a conocer lo que la gente ignoraba y que fuera culta e intelectual, aprovechándose del acervo que otras civilizaciones tenían hacía miles de años, permitiendo aceptar la creencia del otro con la intención de llegar a mejorar la vida a todos los niveles y en todos sus aspectos. Mas, evidentemente, los que tomaban las riendas de la política no querían que los individuos empezasen a meditar, dado que entonces no podrían robarles fácilmente su riqueza y golpearlos fuertemente cual bestias, porque los que piensan nunca permitirían dejar sus derechos en manos de un ladrón. En cambio, los del pensar unificado no se atreverían a expresar su sufrimiento o reivindicar sus derechos para que el Sobrenatural no se enfadara, castigándolos a causa de no obedecer al que gobernaba.

Fueron quemados muchos libros de aquellos librepensadores. Ciertos filósofos, matemáticos, astrólogos y jueces, entre

otros, se hicieron los locos para no ser asesinados. Unos fueron desterrados o perseguidos mientras que otros estaban protegidos y sobornados para que, indudablemente, la masa obedeciera al del cetro y no a un pobre científico que vendía esperanzas a fe de despertar una energía que fuera capaz de formar una revolución. Todo esto fue por el hecho de usar la razón en vez de seguir unos textos religiosos que no respetaban la razón humana.

Viendo que a Lilith le gustaba el mar, le propuso la idea de que le acompañara al campo donde abundaba la naturaleza en todo su esplendor; allí podría coger fotos diferentes y vivir alejada de las comodidades urbanas. Hacía tiempo que no lo visitaba, echaba de menos el cantar de los pájaros, el agua fresca de las fuentes, el pan casero recién hecho en horno de barro, ver el ganado disfrutando del sonido de su pezuña sobre las piedras del camino, el caudal del agua del río y recoger la fruta fresca directamente del árbol. Ella aceptó encantada la invitación y quedaron para salir temprano al día siguiente.

Lo mejor de todo era que el transporte los dejaba lejos por no haber camino pavimentado hasta la casa, siendo una zona rural muy primitiva, permitiéndoles gozar de la naturaleza andando un largo trecho. Sentían una calma y una tranquilidad deseadas anhelosamente, de manera que el cerebro empezaba a enviar ondas avisando de que algo pasaba fuera de lo habitual. Había higueras, chumberas, viñedos y granados extendidos a lo largo del sendero trazado por los transeúntes y las bestias de carga.

Los campesinos al recoger la cosecha la cargaban en sus mulas o burros para ir a la ciudad a venderla. Caminaban entre el abrupto terreno hasta acercarse a la carretera asfaltada donde, a un lado del camino, ataban el animal a una estaca de madera, o bien de hierro, clavándola en la tierra para que no se moviera del sitio e invadiera la parcela sembrada por los agricultores.

Descargaban los productos del lomo del animal y esperaban a que llegara el autobús que los llevaría hasta la ciudad más próxima. Por la tarde, después de la venta, volvían al lugar de partida reencontrándose con sus bestias para regresar juntos a sus casas, montados sobre ellas debido al cansancio y el ajetreo en la ciudad.

Por el camino se encontraron con un bosque de olivares plantado a lo largo de la vista. Otros pequeños trozos de tierra en los que estaba plantado el maíz, ciruelos, membrilleros, manzanos, perales, tomate, hortalizas y otros productos hortícolas. Se notaba la actividad de los campesinos bajo el sol con sus gorros hechos de paja regando sus huertos, aventando el trigo en las eras y todas esas labores campestres que implicaban la mano del hombre para su elaboración. Eso sí que es vida, la vida en todo su concepto lejos de la hipocresía de la política, la opresión, la represión, la violencia y el asesinato de la conciencia.

A Malaj, cuando estaba caminando, le llamó la atención la cantidad exagerada de grandes templos religiosos recién construidos y los que estaban por construir y que antes no había. Cada aldea disponía de tres y hasta cuatro templos grandes, en cada curva del camino había uno. ¿A qué venía eso? ¿De verdad los habitantes necesitaban o permitían que se construyeran templos con su propio dinero?

Recorrió el largo trecho que distaba más o menos unos cinco kilómetros, desde la carretera a su aldea, sin percibir siquiera un solo consultorio o una escuela.

Pudo avistar una casucha sin puerta y con tejado de zinc. Aguzando la vista hacia el interior pudo ver unos pupitres desvencijados y unas sillas de madera rotas y dispersas. De repente salió de entre esa ruina mobiliaria un perro holgazán que estaba disfrutando de la sombra que ofrecía aún esa vivienda, alejado del calor directo del sol de verano.

A un lado ondeaba un trapo, atado a un asta, roto y sucio debido al abandono; era la bandera de su país. Con ello confirmó que se trataba de una escuela. ¡Qué desproporcionada estaba la construcción de las escuelas en comparación con los templos religiosos! A la vez que se estaban edificando por un lado más templos, por otro estaban dejando que se destruyeran los hogares de aprendizaje de niños y adolescentes. Le dolía mucho ver esa imagen inesperada que no llevaba a ningún desarrollo humano.

Lilith percibió el malestar de Malaj y se lo comentó como si le estuviera leyendo la mente.

—Pero no veo ninguna escuela, ¿por acá no se estudia? —preguntó Lilith.

Él no sabía qué responder ya que hasta aquel momento nada positivo le había dicho respecto al desarrollo humano.

—No sé qué decirte, pero me ha traumatizado lo que acabo de ver.

—¿Qué has visto?

Se lo explicó muy detalladamente, lamentando al mismo tiempo la gestión de los responsables y sus malas intenciones.

—Yo ya he visto a lo largo del camino esas torres y he imaginado que puedan tratarse de templos religiosos —dedujo Lilith—. Sin escuelas para los chicos ni hospitales, que son dos cosas fundamentales, se extenderá el retraso mental, hablando metafóricamente, y el fanatismo, y aparecerán síntomas de diferentes enfermedades comunes, sobre todo entre niños y chavales. La abundancia de templos en todas partes hace que uno sea conformista, obediente y sumiso, de modo que, si se despierta agitándose, haciendo preguntas lógicas y pidiendo los derechos más simples, será detenido por sus propios paisanos acusándolo de disidente, independentista, separatista e infiel que quiere el caos y el desorden social, amenazando

asimismo a la religión que es su única cultura. Lo calificarán de otros negativos epítetos por el mero hecho de criticar lo que ve injusto, siendo realmente un derecho.

—Ja, ja, ja... Es difícil encontrar por aquí a ese tipo revolucionario que has mencionado.

—Ya, pero esto viene gracias a la lectura y los estudios; es decir, gracias a una escuela donde se aprenda cuáles son los derechos y los deberes, no donde ofrezcan sueños amargos y mentirosos, engañándolos con que habrá una remuneración *post mortem*, a condición de que tengan paciencia —aclaró.

—Es lógico todo lo que acabas de argumentar.

Iban subiendo una colina mientras hablaban, lanzando sus miradas hacia diferentes direcciones. De vez en cuando ella sacaba su cámara y fotografiaba paisajes o algún que otro rebaño dirigido por su dueño.

Se pegaron una ducha con agua fresquita nada más llegar. La casa estaba hecha de barro y paja con un tejado de zinc, razón por la que daba fresca en verano y calorcito en invierno; un buen sistema de regulación natural. Ella se echó en la cama presa del cansancio y, durante ese tiempo, él se dedicó a preparar la comida en el jardín.

De entre los hierbajos aparecieron maullando dos gatos al percatarse de que había nuevos vecinos; estaba muy claro, el olor a pollo cociéndose en la olla fue el motivo. Aún hirviendo les puso unos trocitos bien adobados en un pequeño plato, con lo que esperaban atónitos la recompensa con la cola en alto. Empezaron a emitir maullidos ansiosamente al ver que Malaj se dirigía hacia ellos con el plato en la mano.

Con el olor exquisito de la comida y los maullidos de los gatos se despertó Lilith con las fuerzas regeneradas, comentándole que pensaba que había dormido más de cinco horas, sabiendo a ciencia cierta que apenas había estado unos

cuarenta y cinco minutos debido a la calma y la tranquilidad que relajaban el ambiente junto al movimiento continuo de las hojas de los árboles y el gorjeo de los pájaros.

—¡Qué bonito! Espera que traigo la cámara para cogerles fotos a estos hermosos felinos —dijo Lilith.

—Tómate tu tiempo, estos nos harán compañía mientras estemos aquí.

¡Dichoso aquel que se escapa a la naturaleza cuando se le dé la ocasión!

La comida estaba rica, bien por el hambre generada, bien por estar al aire libre, ya que en el campo abierto se tiene más apetito, o bien por lo buen cocinero que era Malaj, llevando años cocinando para sí viviendo solo.

Para él, encontrarse allí era un paraíso inigualable debido a los recuerdos que guardaba en su mente de cuando era pequeño. En el período de las vacaciones escolares su mamá solía llevarlo al campo para respirar aire puro y visitar al mismo tiempo a su familia. También para ver de cerca los animales, tocarlos, oírlos, montar a lomos de un burro o una mula y tener más o menos una idea sobre lo que es el campo en general. Muchas veces, al visitar por primera vez un sitio, sentimos nostalgia como si ya tuviéramos una relación muy fuerte con ello, sin olvidar de que podríamos haberlo frecuentado en compañía de algún familiar antes de que tuviésemos conocimiento, puesto que el cerebro absorbe todo lo que ve y oye y lo almacena en su memoria invisible; de ahí procede la famosa frase de «me sueña».

Tras terminar de comer, Malaj fue a visitar a su tía acompañado de Lilith; una mujer mayor que se acordó de él destacando cómo había cambiado desde la última vez que se vieron. Cumpliendo con el protocolo obligatorio de curiosear si estaba o no casado con la extranjera, e interesándose

excesivamente por la salud de la familia, Lilith le pidió que le preguntara a su familiar por la razón de la ausencia de escuelas por esa zona. Sin pensarlo mucho, la mujer mayor respondió que no había clases ni maestros, y que la barraca que había visto en el camino se convirtió en lugar de reuniones nocturnas para fumar droga. No asistían los maestros en invierno a las aulas a causa del mal tiempo; es decir, tampoco contaban con un lugar donde pernoctar, viéndose obligados a volver a la ciudad diariamente.

El factor de la pobreza hacía que la familia buscara un trabajo para sus hijos, sinceramente por no haber una seriedad en la escuela, ni siquiera un atisbo de un buen futuro.

Lilith, ante la respuesta recibida, se vio obligada a preguntar si no había candidatos que se responsabilizaran, tratando con suma seriedad los asuntos y necesidades de dicha comunidad ante el alcalde de la ciudad, para que este lo presentara en la asamblea. Antes de contestar se echó a reír a carcajadas la tía de Malaj, diciendo que nunca oyó algo similar, refiriéndose a la asamblea, durante setenta y cinco años vividos en esa aldea. Se explicó diciendo que los candidatos nunca habían hecho algo positivo en las zonas rurales. Es más, desaparecían nada más ser elegidos, solo volvían a aparecer en el período electoral poniéndose atuendos tradicionales intentando embaucar a los campesinos. Iban con mentiras colosales, de manera que a ello se acostumbraron. Les prometían pavimentar el camino, construir escuelas en buenas condiciones, traer agua potable, construir un hospital, tender un puente evitando el desborde del río que se repetía anualmente y un sinfín de argumentos en un discurso político meloso, sabiendo a ciencia cierta que eran asuntos primordiales y básicos a resolver. Lo primero que hacían al ser elegidos era conseguir una autorización para construir un templo religioso; era el único proyecto que

permitían, aun sabiendo que estaban rodeados de ellos. Mas nadie podía oponerse al proyecto solicitando invertir el dinero en otra cosa con la que se beneficiara todo el mundo, ya que sería acusado de infiel o ateo; por consiguiente, los resultados serían negativos, sobre todo al haber una oposición insistente.

La tía añadió que incluso los campesinos tuvieron que construir un puente con su propio dinero, a pesar de las quejas presentadas varias veces debido al crecimiento del caudal; si no, sería imposible atravesarlo en invierno.

Al escuchar la traducción, Lilith arqueó sus cejas palpando una realidad distinta. Sí, había muchas realidades que dependían de unos ladrones. Ella apuntaba todo usando códigos en una agenda de color rosa que siempre la acompañaba.

Más tarde, se despidieron de la tía de Malaj, agradeciéndole su hospitalidad y el rato de conversación que habían tenido; luego se dirigieron a una zona boscosa y salvaje donde ella encontró el lugar perfecto para poner en práctica su pasión, negándose a moverse de ahí tomando de acá y de allá fotos a esa naturaleza incomparable.

—Oye, ¿algún día te han cogido fotos como modelo? —preguntó Lilith.

—Ja, ja, ja... claro que no —respondió Malaj, riéndose deliberadamente de la pregunta.

—¿Tienes tabaco?

—Sí, ¿quieres fumar?

—No, pero enciende un cigarrillo, colócalo entre tus dientes y déjalo humear y posa delante de ese árbol desabrochándote la camisa —le instruyó Lilith.

—Bueno, si así lo quieres.

—Mira, enseña pícaramente alguna sonrisa —le dijo centrando su mirada en la cámara.

—¿Así? —dijo, improvisando con una sonrisa.

—¡Exactamente!

Se le acercó para enseñársela y, mirándole los labios de cerca cuando estaba inmerso en la calidad de la foto de la cámara, Lilith sintió deseos de morderlos suavemente cuando él, y sin querer, los humedeció lentamente. A veces ocurren cosas raras tras descubrir lo que uno ignora o evita saber, prefiriendo mantenerse lejos a revelar lo obvio.

Ella no se dio por vencida. Malaj era muy atractivo y su instinto le indicaba que también deseaba lo mismo. Comprobando que no había nadie por los alrededores y que el bosque tenía unos matorrales muy altos, le propuso que le hiciera unas fotos semidesnuda en aquel paraíso terrenal. Él enseguida rechazó la propuesta al ver el peligro que ello tendría si eran descubiertos por alguien, encima no tenía ni idea de cómo funcionaba la cámara de fotos.

Nada de ello frenó a Lilith, pues sus ganas eran cada vez más fuertes y la resistencia que ponía su compañero las acentuaba aún más. Enseguida se quitó parte de la ropa y se acomodó sobre una zona de hierba frondosa que había cerca.

—Es fácil, Malaj. Ya la tienes preparada, solo tienes que enfocar bien mirando por el visor y apretar ese botón que te he dicho antes —comentó animándole para que no desistiera.

—Está bien, pero te hago un par de ellas y nos vamos, que nos pueden ver, y eso enturbiaría la placidez del momento.

Tal vez por el tiempo que hacía que no veía a una mujer tan atractiva, o a lo mejor porque no estaba acostumbrado a tenerla tan cerca, o también podía ser porque ella no se lo ponía fácil contoneándose de un lado a otro cuando la estaba fotografiando, su instinto animal estaba siendo llamado para acudir sin demora al lado de esa leona que lo miraba con ojos de deseo.

Malaj se acercó lentamente y se tumbó a su lado pegando sus labios a los de ella, acariciándole con las manos las curvas de su cuerpo. Notó cómo suavemente empezaba a temblar y, abrazándola, se fundieron en un apasionado beso. Lentamente fue recorriendo el cuerpo de ella con la lengua.

Empezó por el cuello y bajó por el pecho hasta llegar a sus pezones, jugueteando con ellos, que estaban totalmente duros, esperando ser devorados dulcemente, cosa que hizo a Lilith jadear más intensamente provocando que él le tapara la boca inmediatamente, indicándole que debían de ser más cautelosos. Pero ella no podía aguantarse y menos cuando la lengua de Malaj bajaba por su ombligo dirigiéndose a la zona más débil, sexualmente hablando.

Ambos disfrutaban del momento. Ella se agarraba a las hierbas que tenía a los lados con fuerza, cerrando la boca para que no se le escapara ningún chillido de placer que pudiera advertir de su presencia y él, en aquel momento, se calentaba enormemente viendo cómo ella temblaba y gozaba al lamerla.

La evidencia surgió y Malaj sintió unos deseos enormes de hacerla suya, así que se desprendió de su ropa rápidamente y, con mucha delicadeza, empezó a penetrarla suavemente sin dejar de acariciarle los pechos y besarla apasionadamente.

Todo brillaba en torno a la pareja. Es más, parecía como si estuvieran aislados y nadie ni nada estropearía ese momento idílico. Pero la realidad era otra, y ya se habían expuesto demasiado, por lo que cuando acabaron se vistieron velozmente.

Mientras Malaj se abrochaba los botones de la camisa, Lilith se acercó y le dio un beso en las comisuras, mirándole los ojos como si estuviera buscando algo suyo.

—Hueles como los gatos cuando terminan el apareamiento —comentó Lilith sonriendo.

—Bueno, casi aciertas. Querrás decir a leones, ¿no ves que estoy con una leona obstinada?

—Ja, ja, ja... —Se pusieron a reír a carcajadas los dos al unísono.

Inmediatamente emprendieron el camino a casa, preparando los enseres para luego irse definitivamente de dicha aldea.

Al día siguiente, después del almuerzo, cogieron un taxi volviendo a la ciudad. En la carretera había un inesperado embotellamiento de tránsito y un caos inusual. Un montón de agentes de policía con el rostro apenado y curtido por el sol maldiciendo incluso su existencia se dedicaban a parar los vehículos dándoles una serie de instrucciones. Se rumoreaba que iba a haber un decreto universal de un confinamiento obligatorio debido a la expansión de un virus mortal.

—¿Cómo? ¿Un virus mortal? —preguntó Malaj al taxista—
¿En serio?

—Eso dicen, es muy peligroso.

—Pero ¿es un gas o bien una epidemia? ¡Y sin previo aviso!
—seguía preguntando Malaj, sin encontrar respuesta alguna.

—Bueno, se dice que ha aparecido en un lejano continente, así que han cerrado momentáneamente las fronteras, evitando el traslado de los pasajeros que puedan contagiar al resto —
arguyó el taxista.

Malaj no pensaba en sí mismo; ya estaba acostumbrado a la muerte y sus derivados, sino que empezó a preocuparse por Lilith. Esta debía irse lo antes posible, pero, según había dicho el taxista, ya era tarde por lo del decreto universal.

Malaj le tradujo con minuciosidad la información que le había aportado el buen hombre, cosa que la hizo enrabiarse y chillar violentamente como una loca; reacción ya esperada. Las facciones de su cara se alteraron en cuestión de segundos, pasó de tener un aspecto angelical a parecer un ogro feo

e insoportable al ser conocedora de la tremenda noticia. Estaba inquieta, se le notaba claramente que era inadmisibles permanecer lejos de su país si lo del cierre era una realidad, y con más motivo si se quedaba en uno donde abundaban los déspotas. Él se limitó a mirar a través de la ventanilla dejándola tranquila; aun así, su cerebro estaba ocupado pensando en el estado psicológico de la extranjera.

Ella no le dijo nada cuando llegaron, se bajó del vehículo limitándose a andar cabizbaja, dirigiéndose al edificio donde residía sin despedirse. Era muy normal, le hubiese pasado a cualquiera, la situación era insostenible y las medidas cautelares le iban a truncar todos sus planes.

La imagen que se proyectaba los días siguientes del decretazo fue muy desoladora. Todos tenían puesta una especie de tapabocas para no transmitir la epidemia de la que se estaba hablando. Estaban muy raros, asustados, no se saludaban con un abrazo o dándose la mano como de costumbre, sino de lejos y con una mirada insegura. Temían y desconfían unos de otros, de la noche a la mañana el mundo cambió.

Malaj no seguía las noticias de lo que ocurría en el mundo para no enfermarse psicológica y físicamente. Su mente, enseguida, seleccionó una frase de un escritor extranjero cuyo nombre era Samuel Langhorne Clemens, en la que decía:

«Si usted no lee el periódico, está desinformado. Si usted lee el periódico, está mal informado».

De vez en cuando encendía el televisor para comprobar la veracidad de todo lo que se rumoreaba. Todos los canales hablaban de lo mismo: insistían en lavarse la manos de manera continua e histérica cada equis tiempo; en guardar una distancia determinada entre las personas; no saludarse con las manos ni abrazarse; quedarse en casa y no salir excepto con una autorización concedida por las autoridades; y, si no,

recibirían una multa. De modo que todos los canales lo tenían como eslogan... Malaj analizó el término «multa» viéndolo desde otro ángulo totalmente diferente: tortas, humillación y luego sanciones económicas por parte del cuerpo policial.

¿Puede que hayan extendido la noticia para controlar a la población mundial? ¿Acaso era una estrategia el haber creado un problema para luego ofrecer una solución? Claro, a causa de la presión ejercida, el pueblo pedirá una solución al problema; por consiguiente, el régimen tendrá que dar una que realmente necesite. Al final no hay que convencer a nadie, es el pueblo el que se autoconvence con los distintos escenarios que el sistema había preparado previamente para adoptar distintas medidas. A lo mejor están cocinando a la gente a fuego lento para que haya un proceso de gradualidad, de tal manera que con el tiempo no solo acepten las medidas, sino que también las defiendan.

Lo que observó Malaj en la tele fue algo inusual, se trataba de una estrategia de control social que consistía en hablarlos como si fueran niños; despacio, gesticulando y colocándolos en una actitud mental infantil, de tal manera que consideraban al comunicador como un padre dando buenos consejos. Se veía notoriamente que utilizaba las emociones en vez de la reflexión, rodeando sus pláticas con gestos y frases cargadas de emotividad que producían un cortocircuito en la psicología, haciendo que bajaran las defensas analíticas del ser humano en general y, finalmente, dejara de ser crítico convirtiéndose en un sentimental, aceptando todo lo que le echaban.

Su mentalidad se negó a aceptarlo, sobre todo al ver las altas cifras de contagiados y fallecidos en los distintos países del mundo. ¿Puede que sea una mentira mundial sobre la que se pusieron de acuerdo por unanimidad entre todos? Si fuera así, se eliminarían violentamente los discursos libres de los analistas, incómodos para ciertos sistemas dictadores; es decir,

habría una represión a las voces disonantes. Antes de que hablasen estos grupos ya estarían condenados, si no estaban con el poder establecido se satanizarían acusándolos de crear desorden, de ser mentirosos, antisociales, etc.

Las noticias universales diarias se hicieron insoportables achacando toda la culpa al ser humano, siendo este el único causante de su propagación.

Lograron convencerlo de que se autoculpara, haciéndole ver el problema horizontalmente cuando podía ser que fuera vertical. El poder siempre sabía mutarse y tenía su ingeniería social para que el ciudadano tragara aquello que en circunstancias normales no aceptaría.

En la media noche de uno de esos primeros días de confinamiento, mientras Malaj estaba relajado en su cuarto, inesperadamente se oyó un ruido al que no estaba acostumbrado. Empujado por la curiosidad salió al balcón a averiguar lo que estaba ocurriendo. Unos hombres subían a las azoteas, otros salían a los balcones, otros se encaramaban a las puertas y otros se quedaban en las calles, ignorando la razón de todo ello. Un hombre en medio de la carretera principal estaba gritando por un altavoz pidiendo a los de su barriada que loaran al Sobrenatural.

—¡Alabad al Sobrenatural! —decía repetidamente.

—¡Alabado sea el Sobrenatural! —gritaban todos al unísono ingenuamente.

Hombres, mujeres y niños estuvieron más de una hora repitiendo lo mismo. Lo curioso era que dicha frase se decía en el campo de batalla, o más bien, para cometer una incursión, sin olvidar que también la decían en voz alta los terroristas al explotar matando a los diferentes.

Era obvio que alabaran al supuesto Sobrenatural para que, con arreglo a la creencia, procediera a perdonarles sus pecados,

errores o transgresiones siendo la epidemia un castigo divino por haber tantos pecados cometidos por el hombre; o sea, para que haya perdón es necesario un castigo, luego Él podría pensar en erradicarla. La mayoría se echaba la culpa a sí misma temiendo morir por tal castigo inclemente de ese poderoso Sobrenatural al que temía en exceso. Dichos pecados podían ser, entre otros, el haber tomado algún día alcohol, tener alguna relación sexual fuera del matrimonio, haber mentado, o bien, por no rezar a tiempo. Era muy pero que muy fácil engañar a los ingenuos que no sabían pensar, mas perfeccionaban el creer ciegamente en las tonterías que los habían dejado en la cola de las naciones. Ahí mismo donde se utilizaba la falacia *ad populum*; es decir, el uso de un discurso en el que se omitían las razones adecuadas, exponiendo motivos no vinculados con la conclusión, sabiendo que serían aceptados por el auditorio despertando sentimientos y emociones, todo eso solía ser demagógico.

La cifra de los afectados crecía considerablemente por el mundo con el paso de los días, digitalmente hablando, pero a pesar de la tecnología avanzada, no informaban sobre los síntomas de los pacientes, ni salía en los medios de difusión alguien que lo padeciera en sus carnes o que comentara lo sucedido en algún ser querido. Mas cuando unos tipos morían, y era natural que fallecieran diariamente por alguna que otra razón, fuera cual fuera la causa, se les pegaba la etiqueta de que habían fallecido debido a esa epidemia.

Muchos enfermaron psicológicamente por estar confinados en sus casas. Nunca estuvieron sometidos a la presión voluntaria. En las noticias alimentaban el miedo que habían propagado al principio para que todos se aclimataran a ello. El ser humano es libre por naturaleza, por esa razón ciertos sistemas pusieron

multas para los que salían a la calle ejerciendo su derecho a la libertad. Asimismo, el confinamiento, donde anidaba la dictadura, era una oportunidad irrepetible para meter en las cárceles a los que ejercían su derecho de hablar a viva voz, oponiéndose a unos decretos parlamentarios o estatales que surgían de la noche a la mañana, al igual que las acciones ilegales en las que las organizaciones criminales o de narcotraficantes realizaban sus crímenes antes de que despuntara el sol, sin consultarlo previamente con los ciudadanos, puesto que no los consideraban así, sino como unos súbditos por no decir esclavos.

«¿Qué tipo de epidemia es esta? En la calle no hay muertos tirados en las aceras como enseñan en la tele, todo parece teatro de principiantes», opinó Malaj, sintiendo que algo estaban tramando contra la humanidad, viendo a la vez cómo engordaban las cifras de los afectados, de modo que los países rivalizaban entre sí a ver quién tenía un número más alto que el otro.

Todos los lugares de agrupación popular se cerraron: cines, teatros, templos, cafés, hoteles, casas culturales, bibliotecas, universidades, escuelas, ciertas empresas... El silencio se cernía sobre las urbes convirtiéndose en ciudades fantasma por no pasar por ellas ni un alma. Unos esperaban el castigo del cielo, otros el fin del mundo, otros se reían de las circunstancias; entretanto unos pocos analizaban unas decisiones que iban siendo tomadas gradualmente, aprovechándose de lo que llamaban epidemia, debido a que el pensar estaba prohibido en periferias donde abundaban los templos. Había que creer y seguir lo que el régimen dijera si uno quería estar suelto como una vaca ejerciendo su derecho a comer, a beber y relacionarse sexualmente, siempre y cuando pudiera conseguir estas tres necesidades biológicas; de otro modo, lamentaría su existencia siendo un ser humano.

Empezaron a aparecer comportamientos de violencia y de inmoralidad por los gendarmes y sus cabos, teniendo en sus manos el poder de controlar a las personas por si salían de sus casas sin autorización, pegándolas e insultándolas muy abiertamente. Asimismo, y aprovechando las circunstancias y dicha autoridad, saqueaban a la fuerza los productos alimenticios que los pobres vendían en los puestos ambulantes de la calle, como si fueran facinerosos armados intimidando a los indefensos con la intención de violar a sus mujeres y quedarse con sus bienes, sin exageración alguna. Se suponía que el odio que le tenía el súbdito a las autoridades estaba en su auge, de modo que al ver una patrulla policial se sentía un pánico inexplicable, temiendo que le humillaran o insultaran sin causa justificada, y no una seguridad que nunca esperaban.

Lo más inmoral, salvaje y animaloide fue lo que Malaj vio en su barrio desde el balcón; un hombre cincuentón de barba canosa estaba esposado mientras una gendarme le insultaba, siendo empujado violentamente por otros tres hacia una patrulla tratándole inhumanamente. Así formaban a las autoridades en la academia; es decir, les instruían para que hablasen muy duramente alzando la voz a la primera con cualquiera, y, si se diera el caso, insultaran y pegaran, dado que el llevar uniforme les hacía superiores y, como es sabido, los paisanos de a pie no eran más que unos miserables subalternos.

—¡No soy criminal, soltadme! —gritaba el hombre cincuentón.

—¡Cállate, hijo de ramera, o te rompo la cabeza! —dijo la gendarme al mando de aquel grupo de ayudantes que la acompañaban, alzando una porra conminatoriamente.

No tenía otra que agacharse y echarse a llorar. Probablemente no lloraba por la amenaza, sino por la conducta abusiva y

terrorista de las autoridades que sus antepasados padecieron, como también sus padres e incluso él mismo, haciendo que tuvieran una vida muy amarga sin un cambio previsto a favor de la humanidad. ¿Acaso a esa funcionaria la encontraron en un muladar tirada cuando fue expulsada del útero indeseablemente? Parecía que estaba arreando un rebaño y no tratando con seres humanos. A Malaj, la primera imagen que se le vino a la mente fue la de las mulas de carga tratadas duramente por los campesinos a lo largo del trayecto en dirección al mercado semanal; la dignidad siempre estaba ausente.

Esa categoría abusiva de los responsables estaba, sin darse cuenta, engendrando a terroristas que odiaban el sistema y a su país debido a una conducta meramente inhumana y concienzuda, en vez de prestarles un servicio de seguridad.

Le indignaba, sobre todo, la violación de los derechos humanos, que era algo indiscutible en su tierra. Solo el hecho de pronunciar tales derechos causaba la risa a los oyentes, creyendo convincentemente que un individuo debía seguir a un jefe o cabeza para poder existir.

Esperaba a que mejorara la situación al respecto, pero la verdad era que se profundizaba cada vez más en el abismo, y la cicatriz del tolerante, llamado ciudadano solo en los canales televisivos, fue abriéndose horriblemente, de manera que se había olvidado de que era un humano, limitándose a esperar la muerte. Incluso, religiosamente, inculcaban que uno se estaba aproximando a ella desde el primer día de su nacimiento; dicho de otro modo, en cualquier momento la muerte llegaría, razón por la que había que rezar para no ir al infierno, concluyendo con que los derechos no importaban, ni siquiera la existencia en sí misma; por lo tanto, la vida real comenzaría el Día del Juicio. Por eso, cuando aparecía una persona ilustrando con argumentos que pudieran generar dudas le hacían desaparecer

de la faz de la tierra matándolo, torturándolo, metiéndolo en la cárcel, o bien, inyectándole alguna sustancia intravenosa, provocando que perdiera la razón e intentando que prevaleciera eternamente la opinión dominante.

En otras palabras, eran expertos en regalar el miedo: miedo a ser libre, a pensar, a expresarse, al Estado, a la policía, a reivindicar un derecho, al profesor, a opinar, a intentar vivir... Hubo unanimidad en el mundo entero para la aplicación de un confinamiento, pero los sistemas opresores sacaron provecho de todo ello, demostrando su superioridad y profesionalidad en quebrantar leyes y violar derechos.

Un día, cuando Lilith estaba grabando un vídeo desde su balcón a un grupo de palomas que estaba en lo alto de un edificio, desvió su atención hacia la carretera al oír el escándalo que se estaba organizando, en el que un gendarme abofeteaba y coceaba muy salvajemente a un chaval; por esa razón centró su interés en esa injusticia y lo filmó. Asqueada por el acontecimiento, y sin saber cómo desahogar su impotencia, telefoneó a Malaj comentándole que no era bueno comportarse como tal usando una especie de abuso de poder. Nada más oírlo, Malaj se echó a reír a carcajadas.

Lilith, recordando lo que le había contado sobre la dictadura, comprendió la razón de su risa. Así entendían los extranjeros la mayoría de las veces sin necesidad de frases explicativas, las risas bastaban.

Malaj se preguntaba por qué la población seguía trayendo al mundo a seres inocentes a estanques asquerosos, repitiendo y sufriendo lo mismo que ellos; no tenía sentido. Serían solo unas máquinas que servirían a sus amos dentro de grandes cámaras o habitaciones llamadas empresas bajo unas condiciones infrahumanas, empobreciéndose a sí mismos para hacer enriquecer a uno o más que estaban siempre en el anonimato,

pasando a ser su comida preferida; el sudor y la sangre de los pobres. ¿Para qué?

En consecuencia, con lo que cobraban no llegaban ni a fin de mes y no les servía ni para sobrevivir, así que se veían obligados a pedir préstamos a una entidad concreta, creando unos tentáculos que los asfixiaban aún más. Anualmente aparecían ricos de la nada, ¿acaso eso era milagroso? Al ver a los súbditos pagando gigantes impuestos mientras que los archimillonarios cometían fraude, no podía indicar sino una destrucción económica masiva. La población no sabía cómo acceder a la información para conocer la razón de la pobreza, siendo responsables los caudillos y los suyos debido al blanqueo de dinero, malversaciones, prevaricaciones y un sinfín de graves delitos que la misma injusticia cubría colaborando con ellos, estando bajo su protección y nunca independientes; por lo tanto, la continuidad del Estado criminal.

Por otra parte, el régimen se esforzaba increíblemente en suprimir de la sociedad, de una vez por todas, los términos como el de la ambición, objetivo, sueño, etc., utilizando diferentes artimañas.

Días más tarde salió un anuncio en el que era permisible que los extranjeros volvieran a sus países en vez de estar confinados en uno que no fuera el suyo, por lo que Lilith no se lo pensó dos veces y se preparó para su viaje, pero no sin antes avisar a su nuevo amigo Malaj.

—Hola, Malaj, ¿qué tal estás? —saludó Lilith por teléfono.

—Hola, Lilith. Yo bien, ¿y tú? ¿Cómo estás?

—Mejor, me siento mucho mejor que antes.

—Me alegro por ti.

—¿Sabes? He decidido marcharme ahora que parece que han levantado el confinamiento a los extranjeros. Además, no

me han gustado cosas que he visto últimamente —comentó sin explicarse.

—Creo que todo se ve diferente desde tu balcón —opinó Malaj espontáneamente—, antes observabas desde la calle enfocando hacia tus intereses profesionales, no te importaba cómo funcionaban las cosas que giraban en torno a ello, guardando en tu mente solo lo que anhelabas. Ahora que hay una pausa puedes tomar aliento y contemplar bien el espacio, por ello notas cosas raras —añadió.

—Hum..., puede que sí. Bueno, mañana me voy y cuando pueda volveré, pero antes te avisaré.

—Espero que tengas buen viaje y llegues sana y salva a tu hogar.

La verdad era que Malaj le fue de gran ayuda psicológica a Lilith cuando estaban confinados, sobre todo al oír noticias inesperadas que nada alegraban.

Posteriormente, y habiendo pasado más de tres meses de confinamiento, o mejor dicho, encarcelamiento forzado, se publicó un decreto en el que se podía salir bajo medidas drásticas y con unas reglas antinormales. Se rompieron las cadenas, mas sin utilidad. Todos los locales de venta al público estaban cerrados, excepto los de Abu Musaab. ¡Al infierno el plebeyo!

Casi todos estaban hartos de la situación económica y la pobreza empezó a notarse más que nunca. Como consecuencia, y debido a la paralización del comercio legal para toda la población, los ricos se hicieron más ricos y los pobres más pobres.

Algo semejante ocurría con la inmigración ilegal hacia el resto de países democráticos, huyendo de la indignidad, la esclavitud, la pobreza, la opresión..., en los que se respetaban los derechos humanos, donde había libertad, dignidad e igualdad

entre otras cosas. Ya no soportaban más esa presión, de ahí que buscaran a los que ejercían el tráfico ilícito de migrantes para sacarlos de forma clandestina, pagando un precio considerable a fin de alejarse para siempre de la maldición.

Estaba de moda ese tipo de emigración jugándose la vida en el transcurso de la etapa, incluso hasta los menores querían experimentarlo, importándoles un pepino a los gobernantes un chaval de apenas diez años que se arriesgaba a poner en peligro su vida. La incertidumbre de un futuro incoloro, inodoro e insípido los incitaba a tomar tales decisiones peligrosas.

No era extraño que murieran en el intento huyendo del infierno, teniendo en cuenta que por otro lado existía un éxodo migratorio legal de personas que planeaban una vida digna fuera de la tierra en la que habían nacido, pensando, obligatoriamente, en el futuro de sus hijos, ya que no querían que sufrieran igual que ellos. Era suficiente lo que habían obedecido involuntariamente.

Un hombre intelectual llamado Yibrán Jalil Yibrán, de buena reputación e insigne, asimismo conocido como *poeta del exilio*, que era rebelde y librepensador, dijo una frase al respecto en la que lo resumía todo aún mejor:

«El rruiseñor se niega a anidar en la jaula para que la esclavitud no sea el destino de su cría».

En general, donde reina el despotismo y la opresión, entre otras circunstancias, disipa el temor a la muerte o al fracaso respecto al riesgo, simplemente porque antes no había una existencia que permitiera cosas positivas; por lo tanto, lo más peligroso es no arriesgarse. Los habitantes huían sin considerar en volver la cabeza atrás: mayores, menores, familias enteras e incluso viejos aspirando a respirar la libertad siquiera unos instantes antes de perecer.

Para engañar a la democracia mundial emitían, en sus medios de comunicación social, noticias de cómo repartían productos alimenticios a los pobres para que no murieran de hambre. En realidad, tales productos como la harina, el azúcar, el té y el aceite vegetal, entre otros, se los vendían a los pobres, mas nunca se los regalaban, excepto en el caso de que hubiera de por medio amiguismo. La mayor parte de esos productos se los quedaban los irresponsables cuya conciencia estaba podrida. Una masa horrible de corruptos nuevos apareció entre los responsables aprovechando los momentos de penuria para aplicar su injusticia, continuando así con la formación de una cadena de eslabones que fomenta la permanencia del miedo y el silencio; dos caras de una misma moneda. A menudo salían unos vídeos por las redes sociales de unos tipos dando a conocer dichas violaciones, y como dictaba la regla, las consecuencias eran evidentes.

El analfabetismo, la ignorancia, la incultura, la cobardía y el egoísmo son una mezcla de cosas que debilitan el espíritu de la unión, haciendo que el corrupto sea más fuerte y seguro en sus malas faenas.

Es entendible que los microbios existen, pero son inalcanzables a simple vista. Pasaba lo mismo con la nación que estaba abandonada a su suerte en su propia tierra; o sea, a pesar de su existencia nadie le hacía caso. Ya se perdió la esperanza y la confianza en los partidos políticos que balaban vendiendo compromisos e ilusiones. Solía olvidar, al igual que los peces que no tardan en caer en la trampa puesta por sus capturadores, convirtiéndose al fin y al cabo en un manjar para el hombre. ¿Puede que la religión estropee a los pueblos o son estos los que utilizan la religión para fines bastardos? Era evidente que los tiempos estaban cambiando, y que a veces no había tiempo para escuchar a los hombres del templo ni para

seguir siendo fieles a las costumbres de los antepasados, a pesar de que tal cambio podría conllevar muy malas consecuencias.

¿Por qué se hablaba tanto del problema sin presentar ninguna solución? ¿Por qué el mismo contratiempo se repetía sin extirpar el tumor desde su raíz? ¿Por qué se mandaba a la cárcel, a propósito, a los que querían el bien para su país? ¿Acaso no era el momento de decir basta ya? El tiempo pasaba y la herida se abría cada vez más; no obstante, las leyes de los siglos oscuros aún estaban en vigor.

Volviendo a su pasado, Malaj recordó la cantidad de compañeros de clase que tenía en la etapa de la primaria. La mayoría dejó los estudios obligatoriamente para ayudar a su familia y sobrevivir a la vez. Muchos vendían sal y bolsitas de plástico en los mercados, siendo todavía unos chavales de diez años. El único sueño que tenían era comer diariamente, poder comprar ropa nueva y pagar el alquiler. Lo lamentable de todo eso es que eran muy inteligentes y destacables en clase.

¡No soy feliz! ¡No soy yo! ¿Por qué no podré estudiar como estos alumnos? ¿Por qué mi padre siempre está nervioso? ¿Por qué mi mamá está triste? Estos fueron algunos de los sentimientos y preguntas que los chicos proferían entre sí, mas componer la respuesta les costaba por no tener aún nada experimentado.

Desconocían que pronto estarían en manos de unos señores barbudos, buscadores de víctimas fáciles que, aprovechándose de su pobreza y de su débil personalidad, asimismo como del odio y el rencor adquiridos a través de diferentes circunstancias, intervenían con un poder económico, concedido por parte de unas manos que se lucraban en el anonimato para conseguir ciertos propósitos e intereses. Organizaciones que sabían perfectamente cómo dominar la mentalidad humana, moviéndola cual marioneta sonriente.